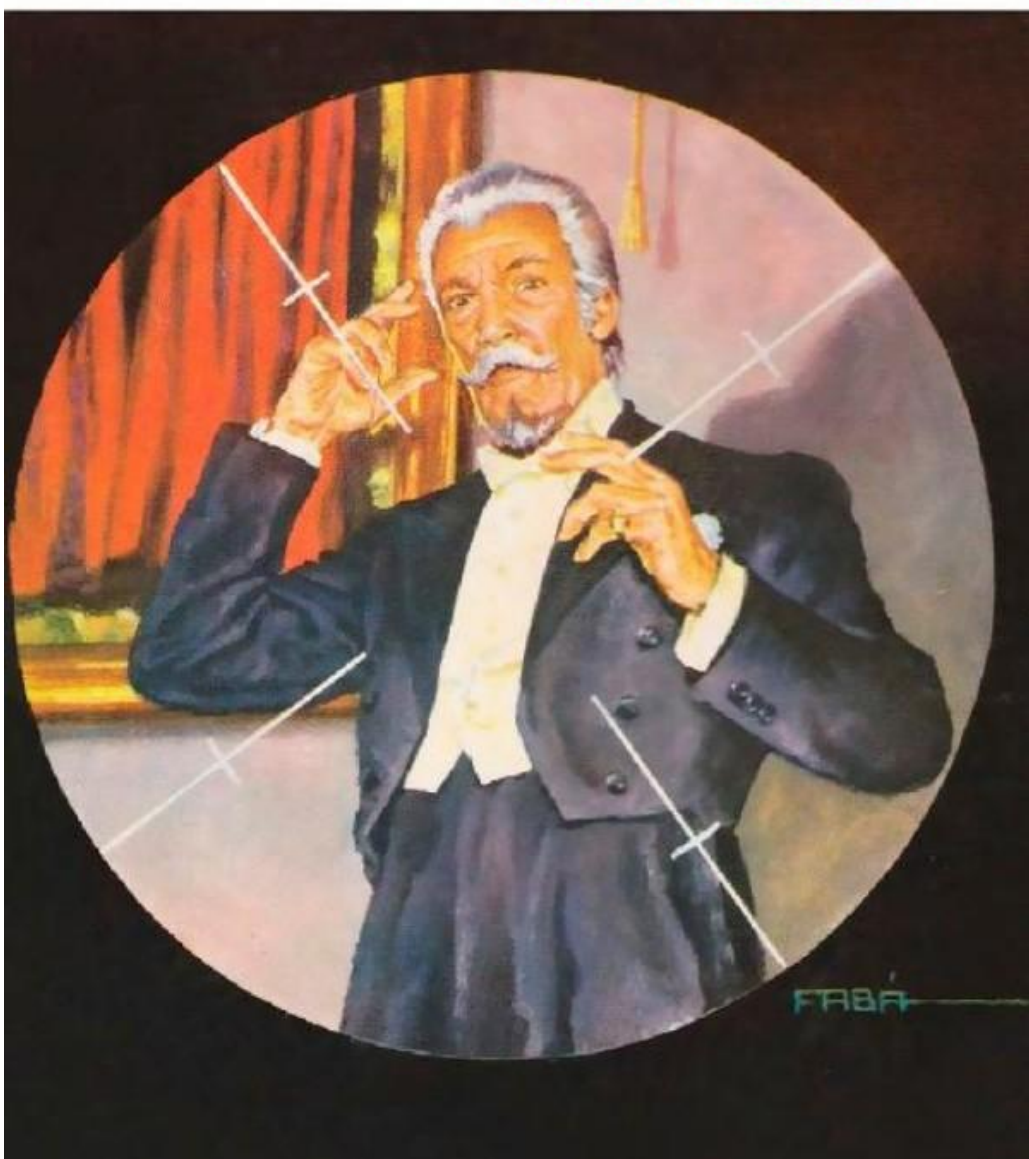




la venus de los pies grandes

RALPH BARBY



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **COLORADO**:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección **KANSAS**:

744 — El comisario rebelde.

En Colección **CALIFORNIA**:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección **BRAVO OESTE**:

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.261 — Armas, esmeraldas y Kung-Fu.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:

968 — Comisario yanqui.

En Colección **PUNTO ROJO**:

585 — A dentelladas.

En Colección **ASES DEL OESTE**:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección **BISONTE, SERIE ROJA**:

1.351 — Más astuto que los coyotes.

En Colección **BÚFALO, SERIE ROJA**:

1.051 — Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL**:

120 — La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL**:

85 — Una bala para un «Colt».

RALPH BARBY

LA VENUS DE LOS PIES GRANDES

Colección PUNTO ROJO N° 656

Publicación Semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 37.936 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1974

© **Ralph Barby – 1974**

texto

© **Salvador Fabá – 1974**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El cielo se hallaba emplomado y estaba anocheciendo. Aquellos días eran malos para Nueva York: Bruma, frío y dificultades con la gasolina.

Comenzó a escuchar las primeras gotas de lluvia sobre el techo de su «Mercedes-Benz» cuando se introdujo en la gasolinera. Allí colgaba un rótulo en el que podía leerse: «BEG-CLOSED».

Alan Farrel había visto a varios coches pasar de largo de la gasolinera al ver el letrero, ya a distancia. Como protesta, algunos tocaban el claxon.

Farrel, embutido en su abrigo impermeable bajo el que ocultaba el *smoking*, bostezó. Se preguntaba si valía la pena acudir a aquella invitación que le habían enviado.

Las cenas de los mecenas que alardeaban de filántropos le aburrían, pero si había aceptado en aquella ocasión era porque presentía la noticia.

En la casa estaría la flor y nata de sus colegas de la Prensa gráfica, la sensacionalista y la especializada en pintura, pues de todos era conocida la pasión de Gregory Mac Pothers (propietario de Mac Pothers Electronic) por la pintura de alta cotización.

—Eh, amigo, ¿es que no ha visto el letrero de que está cerrado? —le preguntó la voz del empleado de la gasolinera, arrancándole de sus pensamientos.

Alan Farrel se puso un cigarrillo en la boca y le prendió fuego con su mechero de electro-gas, sin preocuparse demasiado, como si continuara solo.

—Oiga, ¿es que es sordo, a qué espera? —le preguntó el empleado de nuevo, acercándosele más, pero bajando el tono.

—Llene el tanque hasta los topes. No quiero tener que hacer colas más tarde.

—¿Cómo, me ha tomado por loco? ¿No ve el letrero?

Alan Farrel se guardó el mechero. Sostuvo el cigarrillo entre los labios, aspiró el humo hasta llenar sus pulmones y mientras lo espiraba por la nariz, sacó unos cuantos billetes que tendió al hombre del surtidor.

Los billetes volaron rápidamente de la mano de Farrel y el empleado se apresuró a alejarse al tiempo que le indicaba:

—Lleve el coche junto a la puerta de venta de lubricantes.

—O.K.

Farrel regresó al interior del auto. La lluvia sólo había hecho que empezar y llevaba el cristal tan sucio que aunque le hubieran puesto delante todos los focos luminosos del Madison Square Garden no se hubiera cegado en absoluto.

Puso en marcha el lavador de cristales automático y saltó el agua con el detergente con siliconas. Luego, el «zum-zum» del limpiaparabrisas comenzó a lavar mientras él arrancaba de nuevo, colocando el auto en la forma que le habían indicado.

Poco más tarde, se alejaba con el indicador de carburante a tope.

Se introdujo en la carretera nueve en dirección Norte y cruzó el Bronx. Pasó al condado de Westchester y con aquella lluvia pastosa que a duras penas conseguía limpiar el limpiaparabrisas, se introdujo en Yonkers. Aquello era una auténtica Babel; multitud de idiomas podían escucharse en aquella población residencial y fabril a la orilla oriental del Hudson.

En el asfalto se había formado un barrillo resbaladizo que no aconsejaba pisar a fondo el acelerador, so peligro de patinar o por lo menos de no poder frenar a tiempo, si surgía un obstáculo imprevisto.

La lluvia era floja; si hubiera llovido con más fuerza se habría limpiado en pocos minutos toda la polución en suspensión y después el agua de las nubes habría caído más o menos limpia. Pero, no, allí todo se pegaba. Quitar aquella agua con la mano era quedar con la palma negruzca.

Aislado en su comfortable «Mercedes» con purificador de aire que impedía que toda aquella pasta grasienta se pegara a sus pulmones, rodó por la carretera nueve.

A su derecha vio el Hospital General de Yonkers. Siguió más adelante y puso el intermitente de giro a la izquierda para doblar por Kingman Street.

Gracias al semáforo, pudo cruzar la carretera atestada de vehículos a aquellas primeras horas de la noche en que los faros comenzaron a taladrar la sucia cortina de lluvia que todo lo oscurecía. De no llover más, cubriría hasta las hojas de las plantas del Trevor Park, junto al que pasó para dirigirse a la mansión de Gregory Mac Pothers.

La residencia de Mac Pothers era un palacio de línea pura irlandesa y se ubicaba a orillas del Hudson. Al sur tenía, el Trevor Park, lo que le daba doble ración de oxígeno en aquel mundo tan sucio.

La mansión era grande, con buenos y amplios jardines que terminaban por el oeste con la margen del Hudson River. Más arriba, a unas tres millas de distancia, estaba la Mac Pothers Electronic, verdadero chorro de oro para el millonario filantrópico, pues para adquirir una costosa obra de arte, sólo tenía que subir unos dólares sus productos a la venta: televisores, radios, *cassettes* y hasta pequeñas computadoras.

Alan Farrel había oído muchos comentarios acerca de Mac Pothers. Se rumoreaba que era un cerdo que compraba por bajo mano todo el material a los japoneses y lo único que hacía en su factoría era mantener una cadena de montaje.

De esta forma, sus productos resultaban económicos, rápidos y bastante completos, pero de «made in USA» tenían muy poco.

Lo cierto era que los productos de Mac Pothers Electronic se vendían bien y el chorro de oro seguía brotando, pese a que el personal de la fábrica no era demasiado especializado. Por consiguiente, cobraba poco y mantenía en plantilla pocos técnicos, pues ya lo recibían todo mascado y Gregory Mac Pothers no quería complicarse demasiado la vida.

El negocio le iba muy bien y prefería atender a su personalidad de amante de la buena pintura y mecenas de algunos pintores europeos que le habían recomendado y que comían más que pintaban.

Estaban casi siempre presentes en las reuniones de la mansión Mac Pothers y se llenaban la boca de teorías, promesas y fanfarronerías, pero todo parecía lícito en la boca de un pintor vanguardista, todo excepto llevarle la contraria a Gregory Mac Pothers, porque entonces se terminaba el mecenazgo para él.

Una pareja de *dobermans* de pelaje negro y ojos rojizos le recibieron en la puerta de hierro, orquestando sus ladridos en forma metódica y controlada.

Bajó la ventanilla y mostró su invitación al portero. Este tocó un silbato de onda ultracorta que el oído humano no podía escuchar, pero sí los dos grandes perros que enmudecieron, guareciéndose bajo el alero de la caseta de control.

Dejó el automóvil en un *parking* cubierto con mampostería y rodeado de altos setos que había dentro del propio jardín. Por un camino empedrado y resguardado contra la lluvia, se dirigió a la entrada de la casa.

Allí, le quitaron el abrigo y el sombrero y apareció su cabello, lacio, abundante y rubio claro. Sus ojos, con un color similar al de un cielo brumoso de mediodía de abril, escrutaron el ambiente.

La reunión parecía animada. Había acudido bastante gente. Se había exigido rigurosa etiqueta y se notaba a la legua que muchos de los *smokings* eran alquilados: roces brillantes y chaquetas estrechas que no encajaban en anchos hombros o pantalones excesivamente holgados sobre caderas huesudas.

—Alan, querido, has llegado a tiempo. Sabía que no rechazarías la invitación.

La mujer que acababa de hablar, con un delicioso acento francés, vestía hasta los pies con un pijama color oro estampado con dibujos negros. Tenía el cabello oscuro y era muy hermosa.

Su edad era difícil de calcular, pero Farrel suponía que estaba en los treinta y allí parecía haberse anclado para el resto de sus días. Quizá tuviera algunos años más, pero no había perdido un ápice de la belleza veinteañera. Cuidaba de conservar su acento galo que le daba un encanto peculiar.

—Carla Devanié, siempre tan hermosa.

—Bienvenido, M. Mili, es todo un halago —le dijo llamándole por el seudónimo con que Alan Farrel firmaba sus artículos.

—No, querida, no es ningún halago, es la verdad. ¿Cómo sigue tu protector?

—No es mi protector, Alan —objetó ella con una mirada de picardía—. Es mi patrón, mi jefe. Sólo soy su secretaria personal.

—Como quieras —aceptó Farrel ensayando una sonrisa meliflua, de circunstancias.

Se volvió luego hacia el lugar donde se abría una amplia escalinata. A unos diez peldaños de altura, se formaba un amplio rellano y la escalera se escindía en dos en ángulo recto, a derecha e izquierda de su inicio.

En la pared frontal pendía una cortina de terciopelo rojo que ocultaba algo.

Junto a la escalinata había dos agentes de uniforme y otros dos hombres vestidos con *smoking* que Farrel supuso eran también agentes, si no de la policía, sí privados y parecían proteger algo muy importante.

Ligeros bultos bajo sus axilas, apenas perceptibles para un profesional de los ambientes del crimen, delataban sendas pistolas.

—Parece que hay algo de valor ahí.

—Sí, pero no me preguntes, Alan, lo sabrás al mismo tiempo que todos. El patrón quiere dar el gran notición.

—Creo que habrá potaje y gordo. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, pero esta vez no podrás sacar una exclusiva de aquí. Ya ves, tus colegas inundan la casa.

Alan Farrel miró a su alrededor, asintiendo.

—Sí, y se llenan los carrillos con caviar. A muchos no les gusta, pero se lo comen porque alimenta mucho. Así no tendrán luego que tomar ningún bocadillo por ahí.

—¿Siempre eres despiadado con tus colegas?

—No, sólo sincero.

Carla se colgó de su brazo. Parecía gustarle que la vieran acompañada de aquel hombre alto, de cabellos claros, que en los demás profesionales de la Prensa inspiraba admiración y envidia. Alan Farrel tenía olfato profesional y por eso estaba allí.

—Yo te daré algunos datos extras si eres buen chico conmigo.

—Habla claro, preciosa. ¿Cuánto te ha dicho el viejo que puede ofrecerte para que le haga un reportaje?

—Si el reportaje es bueno, te pagaré bien, no lo dudes. Ya sabes, le gusta la publicidad y que se hable de él como de un gran mecenas artístico.

—Creo que haría mejor pagando salarios más altos a sus empleados.

—No saldrás ahora socialista, ¿eh?

—En estos momentos, soy un cerdo más a cebar con las excelencias filantrópicas de Mac Pothers.

—No le digas eso a él, tiene un genio de mil diablos.

Por la escalinata bajó un hombre de escaso y níveo cabello. Lucía un bigote blanco y abundante, era flaco y alto. Poseía gravedad en todos sus movimientos, pero le era difícil ocultar una ligera sonrisa de suficiencia, como el hombre que saborea de antemano un triunfo. Estaba seguro de que iba a dar el golpe.

—Por favor, señoras, caballeros, ruego su atención. Creo que todos me conocen ya —comenzó a hablar escuchándose a sí mismo.

Era como si hubiera repetido aquellas palabras decenas de veces frente a un espejo y ahora le estaban saliendo a la perfección. Los nervios no le traicionaban porque estaba seguro de su éxito personal.

—Creo que todos habrán oído hablar de Paul Gauguin —prosiguió— el pintor post-impresionista francés. Sus cuadros están expuestos en la Tate Gallery de Londres, en el Louvre, en el Metropolitan Museum de Nueva York, etcétera. Todos conocemos sus célebres cuadros «¿Por qué estamos, adonde vamos, de dónde venimos?, «Las mujeres de la playa» y otros muchos de incalculable valor. Su línea impresionista es de trazo sencillo y colores fuertes. Particularmente, siempre he admirado a Gauguin, por ello me interesé muchísimo al conocer la historia de su última pintura descubierta a la luz pública. Se ha hablado de «La Venus maorí de los pies grandes» como el mejor cuadro de Gauguin por ser su obra más purista tras su gran amistad con Van Gogh. De este cuadro no se sabía absolutamente nada hasta ahora. Gauguin, en las islas Marquesas a principios de siglo, se moría de hambre y vendió su pintura a un ovejero australiano que se enamoró de esa «Venus maorí». El cuadro estuvo largo tiempo ignorado en mitad de las pasturas australianas hasta que un nieto de aquel ovejero, ya arruinado, halló la pintura y la puso en venta. Se pagaron tres millones de dólares en la subasta realizada en Londres en la acreditada Sala Sotheby's y el cuadro fue otorgado al Metropolitan Museum de Nueva York.

Se produjeron murmullos, comentarios. Prácticamente, todos conocían aquella historia y lo que venía después.

—Como todos sabemos —continuó el millonario— hay una ola de robos de obras de arte, en especial en la vieja Europa, pero en Estados Unidos tampoco nos escapamos de ella y «La Venus maorí de los pies grandes» fue robada un día, pero sin escándalo público, pues los ladrones colgaron una copia idéntica en su lugar y es esa copia la que actualmente

está siendo admirada como un verdadero Gauguin en el Metropolitan Museum de Nueva York, tras haber pagado por ella tres millones de dólares. Naturalmente, el director del museo, que merece todos mis respetos, ha preferido no propagar la noticia, quizá es que todavía no se ha enterado —añadió sonriendo con displicencia. De nuevo se alzaron multitud de comentarios—. Sin embargo, los ladrones, que pertenecen a una banda internacional muy organizada, no estaban muy interesados en el arte de Gauguin, sino en el dinero que pueda proporcionarles su obra y por ello yo me he sacrificado para rescatarla por mi cuenta y riesgo para entregarla después, filantrópicamente, al museo del que fue robada.

Primero se produjo un silencio de asombro; después, las manos estallaron en aplausos.

Carla apretó el brazo de Alan Farrel y le dijo en voz baja:

—¿Qué te parece el viejo? Ha dado el golpe, ¿eh?

—Sí, y me temo que mañana leeremos en todos los periódicos la dimisión irrevocable del director del Metropolitan Museum. Si lo que dice Mac Pothers es cierto, no podía darle mejor patada en mitad de las posaderas.

—Creo que en una ocasión, Mac Pothers y el director del museo discutieron; fueron unas palabras de más que ofendieron al señor Mac Pothers.

—Pues se las está cobrando en estos momentos.

—Sí, aunque le está costando muchos dólares.

Ante el silencio general, Mac Pothers se acercó al cordón terminado en contrapeso de plata con el que habría de descorrer la cortina de terciopelo rojo.

Se apagaron las luces y se encendió un foco de haz unidireccional, potente y muy perfecto. Ante los ojos expectantes de todos los presentes, la cortina comenzó a descorrerse con lentitud cuando ocurrió lo imprevisto.

Se produjeron como unos taponazos de champaña. Fueron seguidos, siete y ocho. Alan Farrel reparó en ellos, pero no pudo ver fogonazo alguno, pues la pistola que estaba disparando con silenciador debía de estar oculta entre la gente, quizá debajo de una mesa o envuelta con algún trapo.

Las balas alcanzaron de lleno a Gregory Mac Pothers que se tambaleó. Agarrado como estaba al cordel de nylon con remate de plata, en su caída recorrió la cortina totalmente.

Unos segundos después, estallaban los cristales de uno de los grandes ventanales que daban al jardín y los invitados a la reunión artístico-social comenzaron a gritar.

La tragedia se había consumado y los peldaños marmóreos, recubiertos con alfombra beige, comenzaron a teñirse de rojo.

CAPÍTULO II

El foco que había iluminado clara y potentemente el asesinato del industrial se apagó y toda la mansión quedó a oscuras.

Alguien gritó:

—¡Han cortado la luz!

Otro dijo:

—¡Hay que salvarse como se pueda!

Una voz con dotes de mando, al tiempo que encendía una pequeña linterna que no bastaba en absoluto para dominar la situación, exigió:

—¡Quieto todo el mundo, todos quietos!

Nadie obedeció. Como si se hubiera iniciado un incendio, la gente se arremolinó corriendo hacia la salida, mas, la puerta estaba cerrada y era lo bastante sólida como para resistir la embestida de la gente aturdida y casi enloquecida.

Alan Farrel sintió junto a sí la presencia de la francesa Carla Devanié que se movía nerviosa, sin saber qué hacer.

Al fin, alguien arregló la luz y gritó:

—¡No pasa nada, sólo faltaba un plomo en los contadores eléctricos!

Tener luz de nuevo calmó la situación. Nadie había podido salir por la puerta, pero los cristales de una ventana grande estaban hechos pedazos y afuera seguía lloviendo, ahora con más fuerza.

—¡Calma, por favor, calma! El señor Mac Pothers ha sido vilmente asesinado ante los ojos de todos —dijo un hombre recio, de estatura media y escaso cabello.

Sus ojos eran muy pequeños y redondos tras las gafas con cristales montados al aire sobre varilla de platino.

—Ese es Ernest Soliman, ¿verdad?

Carla asintió.

—Es el vicepresidente de la compañía y asesor del pobre señor Mac Pothers.

—¡El asesino ha huido por la ventana! —dijo una mujer gorda, con el cabello muy rizado, acento germánico y muy cotizada en la crítica de pintura.

—¡Que no se mueva nadie! Tenemos policías aquí, pero hemos llamado a la estación central de policía del condado de Westchester y estarán aquí en seguida. Por favor, les suplico calma.

Uno de los dos agentes privados, al que se le notaba el bulto de la

revolverá en la axila, agarró la cortina de terciopelo y tiró de ella violentamente, arrancándola.

Cubrió el cuerpo ensangrentado de Gregory Mac Pothers y al hacerlo, fue como si desnudara a «La Venus maorí».

Todos se quedaron mirando el cuadro impresionista de Gauguin. La obra era directa, sin sombras, con el exuberante y cálido color de las islas, con su espléndido sol. Y allí estaba la bella maorí de pocos, muy pocos años, pero ya mujer, sonriendo entre dulce y provocativa.

Sus líneas eran bellas; sólo destacaban sus pies, unos pies enormes, con sendos pulgares no menos desproporcionados que debían de haber llamado mucho la atención del pintor galo, pues así lo había destacado en su cotizadísima obra de arte.

No tardaron en escucharse las ululantes sirenas y la casa se llenó de policías. Algunos de los invitados quisieron esfumarse, pues varios de ellos debían de tener cuentas pendientes con la ley, posiblemente pequeños fraudes o estafas.

El teniente Neverman fue rápido en sus movimientos. No permitió que nadie saliera de la casa y él mismo se dirigió hacia el cadáver.

—Vaya, lo han dejado bien frito, seis impactos por lo menos —gruñó volviendo a cubrir el cuerpo con el terciopelo rojo.

—Teniente, aquí está el arma homicida, aún tenía algo de calor —comunicó un agente de los que se habían dedicado a apartar a los invitados para situarlos en grupo hacia una de las paredes.

Alan Farrel, Carla y el propio teniente Neverman fueron hasta el lugar donde estaba el arma.

El teniente de la policía lanzó una imprecación de mal humor que obligó a carraspear a la delicada y elegante Carla Devanié.

—No ha tenido suerte, teniente. Han forrado la pistola con una capa delgada de espuma plástica y sobre ella no hay huella que pueda quedar impresa.

El teniente Neverman era de la antigua ola. Tendría una cincuentena de años, pero irradiaba fuerza y jovialidad. Su cabello estaba cortado al cepillo, había sido uno de los aviadores de la guerra de Corea.

—Hola, M. Milk. ¿Has olfateado el crimen o te han pasado una invitación para que estuvieras aquí en este momento justo? —le preguntó irónico.

Carla Devanié, con su marcado acento galo, se apresuró a explicar:

—Tiene invitación y no es fácil convencerle para que venga a una reunión como la que esta noche daba el señor Mac Pothers.

—Pues has tenido suerte, M. Milk. ¿Qué piensas ahora de todo esto? Tus colegas han traído cámaras fotográficas y te pisarán la noticia. Al amanecer saldrán todos los periódicos llenos de fotografías.

—Sí, pueden contar lo sucedido, el principio del caso. Francamente, a mí me interesa más el final de este crimen.

—Hombre, eso está bien —aplaudió el teniente Neverman sosteniendo entre sus dedos aquella pistola «Krug» calibre 22 con carga de veinte balas y silenciador, lo que la convertía en un arma verdaderamente espectacular y nada fácil de esconder—. Si me proporcionas la foto del asesino, me harás un gran favor. Por cierto, señorita, ¿usted quién es?

—Soy Carla Devanié, secretaria personal del señor Mac Pothers.

—Teniente —interpeló Ernest Soliman acercándosele, mirándolo a través de sus lujosas gafas—. Soy el vicepresidente de la Mac Pothers Electronic y consejero principal del mecenazgo artístico del señor Mac Pothers.

—Bien, a ver si alguien me explica cuando menos el motivo del asesinato.

Carla Devanié y Ernest Soliman se miraron entre sí; luego, observaron al teniente de la policía que seguía sosteniendo la pistola en su mano, un arma potente y de gran efectividad.

Neverman aguardaba una respuesta, pero en aquel instante se le acercó un sargento vestido de paisano, acompañado de un agente de uniforme. Ambos llevaban impermeables y chorreaban agua de lluvia que fue manchando la moqueta.

—Afuera no hay huellas, teniente, ni forma humana de encontrarlas. La lluvia lo habrá borrado todo.

—Parece que la suerte no nos acompaña en la búsqueda y captura del asesino del señor Mac Pothers.

—Si el asesino ha huido por el jardín, podrá decir algo de ello el guardián de la puerta. Si han quitado la luz eléctrica, él también se habrá quedado a oscuras y si en aquellos momentos ha salido alguien por la puerta el portero con sus dos gigantescos perros, tiene que recordarlo forzosamente.

—Buena conclusión M. Milk. Ahora, sólo falta que me vengan con las tuyas los detectives particulares que están correteando por la casa, contratados ya por el difunto cuando estaba vivo, claro.

—Sí, teniente Neverman —asintió el sargento de impermeable gastado.

—¿Sí, qué?

—Pues que sí hay varios detectives privados. Pertenecen a la agencia de detectives Harryman y Harryman.

—Magnífico, una compañía de gran prestigio que no ha podido evitar que en las mismísimas narices de sus agentes sea asesinado el cliente.

—Le recuerdo, teniente, que también había dos números de nuestra policía. A petición del propio señor Gregory Mac Pothers, el comisionado se los había cedido.

—Un perfecto lío —rezongó el teniente—. Era una fortaleza y, sin embargo, el asesino se ha movido a sus anchas.

Apartando un cigarrillo que tenía entre sus labios, Alan Farrel creyó oportuno observar:

—Hay mucha gente en este salón que les va a deparar sorpresas cuando las identifiquen en comisaría.

—Sí, ya sé que el señor Mac Pothers gustaba de rodearse de bohemios, vagabundos y *hippies*.

—Todo una misma cosa —sentenció el sargento, hundiendo las manos en los bolsillos de su impermeable, dentro de los cuales había unas gotas de agua.

Dos jóvenes peritos de la policía se acercaron al grupo mientras se tomaban fotografías con *flash* del cadáver. Algunos fotógrafos aprovecharon para lanzar sus instantáneas, sacando rápidamente los carretes de las respectivas máquinas antes de que lo hiciera la policía, velándoselos.

—El asesino ha tenido que escapar forzosamente por la ventana, teniente —dijo uno de los peritos.

—¿Seguro que ha sido rota de dentro a afuera y no a la inversa? —inquirió Alan Farrel.

El teniente arrugó la nariz y carraspeó con sordina.

—Oye, M. Milk, ¿quién hace aquí, las preguntas, tú o yo?

—Teniente, la ventana ha sido rota de, dentro a afuera. No cabe duda alguna por la colocación de los cristales.

—¿No hay nada contundente con señales de haber roto la ventana? —siguió preguntando el teniente de la policía del condado de Westchester.

—No —negaron los dos jóvenes peritos, casi al unísono—. No hay nada con señales de haber roto la cristalera.

—Claro, claro e incluso, si el asesino al tratar de huir se hubiera herido, la lluvia habría borrado el rastro de sangre. Sería interesante saber si el asesino se ha hecho una cortadura en la cara o las manos, eso nos ayudaría mucho.

—Yo opino que ha debido de lastimarse forzosamente. El cristal era de ocho milímetros —observó el sargento— y ese cristal no se hace añicos así como así.

—Teniente...

—¿Otra idea, M. Milk? —preguntó con sarcasmo.

—Se me ocurre que si todos hemos llegado con coche y es posible que no haya salido ninguno por la puerta, el asesino ha dejado su vehículo en el aparcamiento o por lo menos, si han llegado varias personas en un coche, se puede averiguar si falta alguien.

—No está mal, será una labor de investigación —Neverman se volvió

hacia la derecha—. Sargento, encárguese de anotar las matrículas de los coches que hay en el aparcamiento y después interrogué a todos los presentes para saber en qué autos han venido y cuántos en cada uno de ellos.

El sargento, dando una ojeada a aquellas personas que se hallaban de espaldas contra la pared, observando las evoluciones de los agentes de la policía, dijo despreciativo:

—Me temo que de paso vamos a pescar hasta algún coche robado.

—Aún quedan calabozos vacíos en la estación de policía —le gruñó el teniente—; no le importe llenarlos, pero quiero un interrogatorio metódico. Luego, comenzaremos a buscar por el jardín y el resto de la casa. Sería curioso que el asesino anduviera suelto por ahí, bajo la lluvia.

—Por lo menos, será el único de los invitados que estará mojado —observó Alan Farrel—. Los demás no hemos salido del salón.

Soliman, el vicepresidente de Mac Pothers Electronic, circunspecto tras sus gafas de trescientos dólares, dijo:

—El muro que rodea la mansión es alto y tiene cable electrificado.

El teniente no pareció alegrarse y objetó:

—Si han quitado la luz, ha tenido tiempo de saltar el muro tocando el cable de alta tensión sin electrocutarse.

Alan Farrel opinó:

—Salvo que sea un cable muy bien instalado y tenga un grupo electrógeno automático que se ponga en funcionamiento al irse la luz.

—Así es —asintió Soliman—, el periodista tiene razón. El asesino no ha podido saltar.

—Entonces, hay que interrogar a fondo al guarda de la portería.

Carla volvió su vista hacia «La Venus maorí de los pies grandes». Reparó en algo y achicó las pupilas.

—Eh, miren, parece que hay un papelito en el cuadro.

Se acercaron. El cuadro estaba alto y fue Farrel quien estiró su mano para cogerlo. El propio teniente Neverman habría tenido que dar un saltito para alcanzarlo.

Alan Farrel leyó:

«Esto es una copia, caballeros, no vayan a olvidarlo.» Firmado, «V.O.A.V.»

El desconcierto inundó los rostros de todos los presentes.

CAPÍTULO III

Alan Farrel se situó al borde del trampolín. Juntó sus pies e hinchó su tórax atlético, sin un gramo de grasa, haciendo que las miradas de las féminas que había en derredor se Clavaran en él.

Hizo un salto en el aire, giró sobre sí mismo y cayó en el agua clara, transparente y aséptica de la piscina climatizada.

Sus ojos se inundaron de un azul-gris verdoso. Nadó hasta rozar, con el vello de su pecho el mosaico bicolor del fondo de la piscina y nadó rápido, fuerte.

Su figura podía verse perfectamente desde el borde de la piscina, donde más mujeres que hombres permanecían estiradas tomando un sol artificial, pues en lo alto del techo que cubría la gran piscina había lámparas de ultravioleta e infrarrojos, distribuidas estratégicamente.

La piscina era de medidas olímpicas, cincuenta metros justos de largo, medidos al centímetro, y la cabeza de Alan Farrel no afloró a la superficie hasta que hubo tocado la pared opuesta a la que tenía enclavado el trampolín desde el cual se había lanzado.

Sacudió la cabeza buscando aire para sus pulmones y escuchó un espontáneo aplauso de los que habían presenciado su proeza de natación subacuática, pues su resistencia había sido excepcional.

Sin utilizar la escalera, por el mismo borde, abandonó la piscina y chorreando agua se dirigió hacia donde Carla Devanié le aguardaba, estirada sobre una hamaca floreada junto a una mesa.

Un camarero, vestido de negro y lacito al cuello del mismo color, le estaba sirviendo algo.

Alan Farrel ocupó la silla que se hallaba también junto a la mesa y pidió:

—Otro de lo mismo.

—No sé si te gustará —objetó la mujer—. Es una combinación de vermouthe y pulque, aderezado con una cereza.

—Algo exótico resultará —aceptó Alan Farrel sin rechazar la bebida que el camarero, con gravedad, se aprestó a servirle.

—La tomé por primera vez en Laredo, luego en Tijuana. Me gustó.

—Supongo que todos los chicanos no podrán permitirse este lujo.

La bebida resultó exótica, tal como Alan Farrel sospechara.

El ambiente de la piscina climatizada tenía mucha luz y olía bien. El aire estaba filtrado y tenía una ligera acidez a limón y a bactericida.

Sin disimulo, paseó su mirada por el cuerpo de Carla que vestía un bikini que en su pieza inferior no tendría más de tres pulgadas.

—¿Cuántos años tienes, Carla?

—Creí que ibas a preguntarme otras cosas —objetó con un mohín—. Los periodistas sois tan desconcertantes como indiscretos.

—No creas, hay muchos que se repiten constantemente con las mismas preguntas.

—Pero tú eres de los buenos, de los cotizados, de los que usan coche caro y pueden pagar al mejor reportero gráfico «libero» cuando le interesan buenas instantáneas de un hecho. La firma M. Milk se cotiza.

—Será porque los lectores suponen lo que quiere decir M. Milk —respondió irónico.

—La verdad es que todo este lamentable asunto del crimen del señor Mac Pothers y el robo del cuadro original de «La Venus maorí de los pies grandes» ha llenado las primeras páginas de la prensa estatal, nacional y yo diría que hasta mundial; sin embargo, M. Milk no ha publicado ni una sola línea al respecto.

Alan Farrel movió el vaso en su mano haciendo girar la cereza confitada dentro del alcohol.

—Será porque todavía no creo poseer datos suficientes como para escribir una crónica con «garra». Lo que han hecho los colegas es lo más fácil. Los periódicos se han vendido.

—Eso iba a decirte.

—Pero los puercos de los editores han pagado poco por la noticia y por las fotografías pese a vender mucho. Podían alegar tranquilamente que la competencia también tenía fotografías y datos y al teniente Neverman, que debe de andar nervioso y meditabundo, le han tirado poco de la lengua. Un tipo raro el teniente Neverman. Es como las ranas, croa mejor cuando llueve.

—Una opinión que no iba a gustarle al teniente.

—Él sabe que no le tengo animosidad, es sólo un comentario —bebió un trago y volvió a mirar a la francesa—. ¿Sabes que no se te nota ningún «michelín»?

—Vamos, vamos —se rió ella— me vas a sacar el rubor.

—A estas alturas, eso será un poco difícil, ¿no crees?

—Tonto... Dime, ¿al final escribirás sobre este asunto?

—¿Sobre la tersura de tu piel?

—Tonto, tonto. Sobre Gregory Mac Pothers y «La Venus maorí de los pies grandes».

—Sí, sí escribiré, pero cuando mis cuartillas puedan valer su peso en uranio enriquecido. Antes, me dedicaré a investigar.

—¿Para que castiguen al asesino?

Farrel movió por última vez el vaso y se bebió todo el contenido, pero no la cereza y dijo:

—Es por la «Venus». Tiene algo extraño, muy extraño.

—¿El qué? —preguntó ella, vivamente interesada.

—Pues, los pies muy grandes.

Volcando el vaso, Farrel hizo que la cereza roja y brillante cayera justo sobre el ombligo de Carla, que hizo un extraño con sus ojos ante la sorpresa.

—¡Gamberro!

Dio un gritito, saltando de la hamaca, y se zambulló en la piscina.

En el «Mercedes-Benz» de Alan Farrel se internaron en el Bronx. Ya en la calle 220, puso el intermitente de la derecha y se subió a la acera, situándose frente a la puerta metálica de un garaje.

Farrel tocó el claxon y la puerta se levantó. Un empleado vestido rigurosamente de negro, con gorra y corbata, les saludó muy circunspecto.

—¿Los señores tienen pase?

Carla sacó de su bolso un pase que mostró al empleado del garaje de la funeraria Hoppers.

—Venimos al funeral del señor Mac Pothers —dijo Alan Farrel.

—Sigan hasta el fondo y aparquen el coche, por favor. A la derecha, con un rótulo, encontrarán el ascensor que les subirá al piso.

—O.K. —aceptó Farrel, internándose en el *parking* particular de la funeraria.

—Es la más lujosa y moderna —opinó Carla.

—Supongo que Mac Pothers siempre amó al boato y no se conformaría con contratar a una funeraria en el condado de Westchester. Ha preferido que sea en el Bronx porque la funeraria es más elegante, moderna y cara.

—Sí, tenía dinero para pagarse este capricho póstumo —asintió Carla.

Dejaron el coche.

El indicativo luminoso del ascensor estaba guarnecido con unos crisantemos y el recinto olía a menta, quizá para disimular el tufillo a carne quemada que pudiera filtrarse por algún resquicio.

En la capilla del funeral había varias personas que se los quedaron mirando, habían llegado los últimos cuando ya un tipo alto y delgado como un alambre con cara de verdugo, se situaba frente a un panel electrónico de mandos.

Su índice estaba dispuesto a pulsar alguna de las teclas que tenía delante.

La muerte semejaba haber abandonado la oscilante llama de un cirio para dejar paso a la brillante, luminosa, eficaz y aséptica electrónica.

Un *cassette* del pequeño ordenador que poseía la funeraria Hoppers logró la maravilla técnica.

Se encendieron unas luces violáceas y sonaron voces lejanas e ininteligibles, rezos de extraños monjes que estremecían y sobre ellas, una marcha fúnebre ni demasiado brillante ni demasiado tétrica.

El féretro de caoba, con todos los adornos, asas, etcétera, de falso metal; pues eran de plástico combustible al cien por cien, se puso en marcha lentamente sobre una cinta transportadora de brillantes encajes de acero inoxidable.

Se dirigió hacia la pared donde había un icono grande, con relieves, tallado en madera por algún artista ruso habitante de Manhattan.

El icono, que parecía ir a detener el ataúd, se abrió por la mitad en forma espectacular, pues el corte no era recto, sino que reseguía las figuras talladas y policromadas y no era fácil descubrirlo.

Apareció una compuerta de acero entre ladrillos refractarios. La compuerta era gruesa y posiblemente repleta de amianto. Se levantó también automáticamente y apareció un túnel iluminado, compuesto por una plataforma de fina porcelana germánica de grosor considerable y capaz de resistir altísimas temperaturas.

Sobre ella, formando arcos, multitud de resistencias eléctricas. Para la funeraria Hoppers, los quemadores a gas y, por supuesto, los de fuel-oil, estaban ya caducos.

Las resistencias se pusieron incandescentes automáticamente.

Alan Farrel miró de reojo al tipo con cara de verdugo. Estaba quieto, en actitud casi de firmes y no hacía nada. Su trabajo había consistido en pulsar un botón. Después, frente a él, unas lucecitas se ponían rojas o verdes a medida que el proceso se ponía en funcionamiento.

Farrel se dijo que era mejor que aquel sistema no lo presenciara ningún niño, o pediría a sus papás que le comprasen una funeraria Hoppers de juguete y Dios sabe lo que metería en los pequeños féretros, claro que si se conformaba con el funeral de un ratón la cosa no pasaría a mayores.

Cuando el icono se cerró, quedando aislado el féretro con el cadáver de Mac Pothers dentro del crematorio, el propietario de la funeraria, un hombre pequeño, de abundante cabellera, que usaba lentillas y debían de ser de una gran miopía, pues se notaba el relieve de las mismas en exceso, se frotó ligeramente las manos. Era obvio que se sentía muy orgulloso de su sistema electrónico de convertir al prójimo en cenizas sin que le sentaran a él en la parrilla eléctrica y le costaba mantener su seriedad.

Alan se dijo que no le hubiera gustado estar en el pellejo de los vecinos de Hoppers cuando éste había sido pequeño.

CAPÍTULO IV

El propietario de la funeraria les había dado un plazo de cinco horas para que fueran a retirar las cenizas y Alan Farrel pensó que aún estarían calentitas.

Centró su atención entonces en los que habían acudido al funeral.

La noticia del mismo no se había comunicado a la Prensa, es más, se había guardado un celoso secreto para que la funeraria no se convirtiera en un auténtico gallinero de periodistas.

Mas, un zorro de la Prensa se había filtrado, y ello lo detectó en seguida el teniente Neverman, que estaba allí con las manos dentro de los bolsillos de su gabardina azul gris.

—Te deben ir de perlas tus contactos con las mujeres, ¿eh, M. Milk?

—¿Y a qué hombre no le van de perlas los contactos con las mujeres?
—le respondió Farrel.

Carla Devanié intervino con su agradable acento francés que cultivaba con mimo.

—Es amigo mío y, además, el señor Mac Pothers estaba muy interesado en que él escribiera sobre «La Venus maorí de los pies grandes».

—Me temo que no va a escribir mucho bueno —gruñó un individuo con corte de traje perfectamente adaptado a su cuerpo en forma de pera, es decir: cabeza pequeña, hombros estrechos y gran barriga. Era Danielson, director del Metropolitan Museum.

Alan Farrel le preguntó como un seco disparo:

—Señor Danielson, ¿es cierto que su Gauguin del museo también es falso?

Resignado, como si estuviera pagando un abrigo de visón para su esposa en una *boutique* de la Quinta Avenida de Manhattan, asintió con la cabeza

—Desgraciadamente, así es.

—Pues ya tenemos dos copias del maldito cuadro. Si empiezan a salir más, va a parecer un múltiple y su cotización bajará.

—Pero el original subirá más aún —observó pesaroso el director del museo.

—No se preocupe, todo lo resolveremos. Era deseo del finado señor Mac Pothers que ese cuadro se restituyera al Metropolitan Museum, costara lo que costase, a cuenta del fondo filantrópico de la Mac Pothers Electronic —le dijo Ernest Soliman, vicepresidente de la compañía y que había

asumido las riendas de todo, ayudado por Carla Devanié. Hizo una breve pausa mientras dentro del incinerador un cadáver se iba reduciendo a cenizas y añadió—: Les presento al señor Maclosky, es la *vedette* de la compañía de detectives Harryman y Harryman.

—La noche del crimen no estaba usted presente en la mansión de Mac Pothers —le dijo el teniente Neverman.

—Desgraciadamente, no, pero ahora me encargo del caso y supongo que tendré la colaboración de la policía.

—Por supuesto. Yo no soy de los que se oponen a la ayuda de los detectives privados siempre que éstos no se tomen atribuciones que no les correspondan.

—La compañía Harryman y Harryman de detectives tiene un contrato permanente con la Mac Pothers Electronic —aclaró Soliman—. Ya saben, control del espionaje industrial, protección a la persona del señor Mac Pothers, protección de su vivienda y de sus bienes.

—Pues la Harryman se ha lucido —dijo Alan Farrel.

Maclosky le miró, ambos se conocían ya. Maclosky había sido teniente de la policía en el estado de Wyoming. Medía los dos metros de estatura y era atlético, de cabello corto y pelirrojo.

Su rostro era capaz de aguantar cuatro directos consecutivos de un peso medio profesional sin torcer el gesto. Había que poner a un peso pesado de gran pegada detrás de un puño de hierro para dejarle *groggy*.

Maclosky era una especie de *doberman* del mundo de los hombres. Impresionaba e incluso gustaba de mostrar sus poderosos dientes de predator cuando sonreía.

—Todos pueden sufrir un error y hay que aceptar que los muchachos lo tuvieron —cuando decía «los muchachos», se refería a los demás detectives de la agencia—. Pero ahora me ocupo yo y no fallaremos, con permiso del teniente Neverman.

—Por mí, con mucho gusto. El señor Mac Pothers no es el único fiambre que ha pasado en las últimas horas por la autopsia del forense tras una muerte violenta. Y disculpen por lo de fiambre, es una deformación profesional.

En la parte más oscura, sentada en un banco, había una figura muy especial que difícilmente pasaba inadvertida.

Alan Farrel dedujo que era una mujer. Vestía una túnica o hábito de arpillera ocre que le llegaba hasta los pies y se cerraba alrededor de su cuello.

Llevaba un cinturón de aros de brillante acero y de su cuello colgaba un cordón con varias y pequeñas tallas de madera que semejabán amuletos. Todo esto se hundía en el centro de su pecho y pese a la aspereza y rigidez de la tela de arpillera, los senos sin *brassières* se delataban altos y duros.

Sin embargo, la fémina estaba delgada.

No era su ropa estrafalaria lo que la hacía destacar, sino su cabeza totalmente rapada, afeitada y untada posiblemente con extraños óleos.

No llevaba pendientes y casi la mitad de su rostro estaba cubierto por unas grandes gafas redondas y de vidrios oscuros.

A Alan Farrel le atrajo aquella cabeza, era perfecta en su conformación. De haber sido antropólogo, habría opinado que era el cráneo perfecto de un *homo sapiens* femenino evolucionado. Capacidad, unos cuatrocientos centímetros cúbicos, sin excesivo relieve de unos huesos en contraste con otros. Era un rompecabezas que encajaba a la perfección, pero al que le faltaba el pelo.

—¿Quién es ella? —preguntó Farrel.

—Liza —respondió Carla en voz baja.

—¿Liza?

—Sí, la hija de Mac Pothers —aclaró la francesa.

Ernest Soliman puntualizó:

—Es la única heredera de la fortuna Mac Pothers, pero su padre puso condiciones en el testamento.

—Ya tenemos a una persona con verdadero móvil para el crimen —observó el teniente Neverman.

Alan Farrel preguntó:

—¿Cuáles son las cláusulas del testamento?

—La factoría Mac Pothers Electronic no puede desaparecer. Si trata de vender o entra peligrosamente en quiebra, ella estará obligada a entregar lo que obtenga de la venta o de la quiebra a instituciones artísticas especificadas en el testamento.

—Su padre y ella no se hablaban. Eran como el crudo de petróleo y el agua del mar —dijo Carla.

—No me extraña, basta verla —aceptó Alan Farrel.

—Señor Soliman, usted tiene datos preciosos para resolver este caso —dijo el teniente Neverman—. Si los oculta o sólo los proporciona a la agencia de detectives, tendrá problemas con la ley. Piense que el señor Danielson, aquí presente, puede solicitar la ayuda del FBI.

—Sólo faltará que se avise a la Policía Militar —observó con sarcasmo el alto Maclosky, en todo momento arrogante y suficiente.

Alan Farrel estaba seguro de que debía de usar una pistola grande, apropiada para aquellas manazas.

—Les pondré en situación —dijo Soliman.

—¿V.O.A.V. significa Venta de Obras de Arte Valiosas? —preguntó Farrel.

—¿Cómo lo sabe? —se asombró el vicepresidente.

Carla denegó vivamente con la cabeza antes de ser acusada.

—Yo no le he dicho nada.

—He oído hablar de esa organización internacional. Roba obras de arte y luego las vende al mejor postor, por ello selecciona cuidadosamente a sus clientes. Se supone que hay millonarios en Europa, Asia, África o América que en sus colecciones particulares más secretas poseen obras valiosísimas que se complacen contemplar y cuya posesión parece proporcionarles una sensación de poder. Son obras que ellos no han robado, sino que han comprado con sus buenos millones a la V.O.A.V.

—Pareces conocer bien el tema, M. Milk —gruñó el teniente.

—Escribí una vez un reportaje completo al respecto —explicó Farrel—, pero muchos se lo tomaron a broma pese a que enumeré una serie de obras de arte robadas en los últimos tiempos y que no habían aparecido. Estoy seguro de que si se hiciera una revisión muy a fondo en diversas pinacotecas del mundo, se producirían grandes sorpresas al comprobar que hay copias en el lugar de los originales.

Danielson creyó oportuno intervenir:

—Nosotros realizamos una inspección muy metódica periódicamente. Sin embargo, pese a ello, transcurre bastante tiempo hasta que una misma obra es observada detenidamente por dos veces. En ese lapso siempre puede ocurrir lo peor, lo que ha sucedido con el Gauguin que el señor Mac Pothers quería recuperar.

—Y que recuperó —puntualizó Ernest Soliman.

—¿Por qué no nos cuenta cómo se pusieron en contacto los miembros de la V.O.A.V. con el señor Mac Pothers? —pidió Farrel.

—Yo no lo sé —contestó Soliman. Miró a Carla y ésta, dándose por aludida, dijo:

—Creo que fue a través de una llamada telefónica. Luego, el señor Mac Pothers, contento como un niño con un tren eléctrico último modelo, quiso llevar el asunto por sí mismo por temor a que se frustrara.

—¿Cuánto le pedían? —preguntó Farrel.

—Eso sí debe de saberlo, señorita Devanié —terció el teniente—. Si el señor Mac Pothers estaba contento, mal podría disimularlo, hasta es posible que quisiera darlo a la publicidad para que se hablara de su generosidad en pro del rescate de obras de arte.

—Es cierto —aceptó Carla. Mirando a Farrel, dijo—: Quería darte la exclusiva de ese dato a ti especialmente.

—Gracias por la deferencia. Siempre tiene más repercusión y publicidad a bajo costo un artículo «bomba» que un montón de artículos «petarditos».

—Señores, esa organización clandestina exigió al señor Mac Pothers un millón y medio de dólares al contado y en billetes pequeños.

El único que silbó de admiración fue el teniente Neverman. El señor

Danielson se había puesto gris como su traje. Aquel cuadro de «La Venus maorí de los pies grandes» estaba resultando más caro que viajar alrededor del mundo en yate privado, con doscientos invitados a bordo, comiendo y bebiendo a discreción.

Maclosky seguía sonriendo con suficiencia. Soliman no hizo ningún gesto, quizá ya supiera algo.

Liza, la extraña y rapada Liza, estaba demasiado lejos y seguía inmóvil. Cualquiera hubiera dicho que era una estatua de cera dentro de aquella capilla funeraria. Quizá, con los ojos ocultos tras las enormes gafas redondas, estaba en trance de yoga.

—Sé que esos tipos cobran caro. Hacen bien su trabajo porque son verdaderos profesionales del mundo del hampa selecta.

—Y lo más curioso del caso es que aceptaron la palabra del señor Mac Pothers sin problemas —dijo Carla.

—Explíquese mejor —pidió el policía.

Carla hizo una pausa mientras buscaba en su bolso un cigarrillo. Alan Farrel sacó uno de un paquete que llevaba en el bolsillo y se lo puso entre los labios. Luego, Maclosky le ofreció fuego con su mechero de gas.

—Gracias —dijo ella a los dos.

Alan Farrel puntualizó:

—Esos ladrones seleccionan muy bien al cliente, no son vulgares, sino muy refinados. Ofrecen la mercancía, el cliente puede aceptar o no. Si lo hace, sabe que luego ha de pagar. Como la V.O.A.V. trabaja fino, entrega la obra de arte a quien la ha aceptado como en una subasta. La entrega sin problemas, sin regateos, y concede tiempo para que técnicos adecuados contratados por el comprador comprueben que la obra de arte es auténtica y no se trata de una falsificación.

—¿Y cuándo paga el cliente? —preguntó Neverman, interesado como quien escucha una historia de policías y ladrones pese a ser él teniente de policía.

—Sí, como vemos en las películas o leemos en las novelas los que secuestran o raptan quieren el dinero al momento del cambio o incluso antes. Luego, entregan a la víctima o lo robado —dijo Maclosky.

—En este caso, por lo que yo sé, y les prevengo que sólo son soplos que me han llegado, pues nadie quiere poner las manos en el brasero por si la V.O.A.V. es un brazo más del crimen organizado... —Farrel hizo una pausa para dar una chupada a su cigarrillo. Expulsó el humo y éste se mezcló con el que salió de los pulmones de Carla Devanié, muy próxima a él—. Ellos esperan hasta que se comprueba la autenticidad de lo que digamos han «vendido» y después el cliente ha de pagar en las condiciones que se estipulan.

—¿Y si no quiere pagar, porque ya tiene la obra de arte? —preguntó

Danielson basculando a derecha e izquierda, como si aquel movimiento le resultara adecuado para mantener el peso de su desproporcionado cuerpo. Se adivinaban unas piernas muy delgadas bajo las perneras del pantalón, pues éstas se aplastaban.

—La solución es sólo una. Si el cliente no paga, puede considerarse sentenciado a muerte. Eso ya ha ocurrido en varias ocasiones y todavía no se ha hallado a los culpables, aunque tampoco se ha publicado que las muertes se produjeran por tales motivaciones —precisó Alan Farrel, que por haber husmeado en aquel asunto, sin haber conseguido tocar fondo en el caso por lo complicado del mismo, sabía algo más que quienes le rodeaban respecto a la V.O.A.V.

—Señorita Devanié —interpeló el teniente Neverman—, ¿el señor Mac Pothers pagó o no pagó a esos hampones del mundo artístico?

La mujer encogió levemente sus bien redondeados hombros de piel tersa y suave, que a poco que podía mostraba con vestidos que los dejaran al descubierto. Apartó el cigarrillo de sus labios y dijo:

—No puedo asegurarlo, ya les he dicho que sólo conozco el caso por palabras sueltas del señor Mac Pothers, cosas que se le escapaban cuando estaba contento o nervioso. Claro que, el señor Mac Pothers era muy suficiente y arrogante. No le gustaba perder sino vencer. Quizá el rodearse de policías y más agentes de la agencia Harryman y Harryman tuviera una explicación lógica.

—Pero usted, Soliman —dijo ahora Farrel, con ojos inquisitivos— como vicepresidente de la compañía y consejero personal tiene que saber forzosamente si el señor Mac Pothers sacó dinero del Banco o no.

—Es cierto, es cierto —apoyó el teniente Neverman—. Una cantidad tan grande no pasa desapercibida y abulta mucho si es en billetes pequeños y usados.

—Se pueden hacer confirmaciones en los Bancos y en la tesorería de la compañía y creo que no hallarán ese desembolso. Que yo sepa, no ha salido esa cantidad de parte conocida, al menos por mí.

—El señor Mac Pothers tenía una caja de caudales personal en su mansión, en la que estoy segura guardaba dinero acumulativamente, dinero que luego podía emplear sin dar explicaciones a nadie.

—Es decir, al fisco o por si se producía una quiebra en su compañía —observó el policía.

—Es posible —aceptó Carla.

—¿Y dónde está esa caja de caudales? —inquirió el teniente.

—No lo sé —declaró la mujer.

—¿Cómo, no lo sabe? —exclamó el policía, decepcionado.

—Pues no. Tiene una caja de caudales más bien pequeña, de cilindro, en su despacho de la casa, pero la otra, la que yo supongo, es secreta, es

decir, no la he visto nunca. Si desean verla creo que tendrán que espolear su sagacidad, porque el señor Mac Pothers era un hombre muy astuto y celoso de sus bienes.

—Si es así, me temo que el fisco se tendrá que hacer cargo, momentáneamente, de ese testamento hasta que se aclaren todas las cuentas del difunto Mac Pothers y se averigüe si hubo defraudación al fisco o no.

—No complique más las cosas de lo que ya están, teniente —protestó Soliman—. Busque al asesino, eso es lo que interesa.

—Busque a «La Venus maorí de los pies grandes» —pidió Danielson, director del museo.

—Busque a la V.O.A.V. —dijo Carla.

—Hallemos al que jaló el gatillo y, de paso, se llevó el cuadro —gruñó Maclosky.

Todo perplejo, el teniente Neverman miró a Alan Farrel y le preguntó:

—¿Y tú, M. Milk, no me pides que busque a nadie?

—Oh, no, gracias. Lo que yo busco ya lo he encontrado.

Y se encaminó hacia la solitaria y silenciosa Liza Mac Pothers.

Carla no pudo disimular unas ligeras arrugas en los extremos de sus párpados al ver cómo el hombre se dirigía hacia la joven de la hermosa cabeza rapada.

CAPÍTULO V

Pese a las grandes gafas redondas y oscuras de Liza Mac Pothers, Alan Farrel adivinó una mirada de recelo y suspicacia en sus ojos.

—Por su cara grave, supongo que sí he de darle el pésame, señorita Mac Pothers, aunque tengo noticias de que las relaciones con su padre no eran muy buenas.

La chica alzó el rostro para mirarle directamente a través de los cristales. Había arrogancia y casi hostilidad en su gesto. Liza no parecía tener inhibiciones precisamente. Su cabeza afeitada no realizaba su femineidad; sin embargo, Alan Farrel se daba perfecta cuenta de que era hermosa, muy hermosa, pese a lo que cambiaba un rostro al carecer de cabello. Quizá es que deseaba ocultar su belleza de aquella forma.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz bien timbrada, sin titubear, sin asomo de timidez tal como Alan había esperado de ella.

El hombre sacó un cigarrillo del paquete y se lo tendió.

—¿Fuma?

La joven tomó el cigarrillo con naturalidad. Se lo llevó en horizontal a la nariz, lo olfateó y luego dijo:

—Si no tiene nada mejor...

—No esperaré que fuese «hierba», ¿verdad?

—¿Acaso cree que soy una toxicómana?

Alan Farrel carraspeó.

—¿Va a marcharse ahora o recogerá las cenizas de su padre?

—Creo que papá era un hombre muy concienzudo y lo ha dejado todo dispuesto. Es de esperar que el señor Soliman recoja las cenizas y las coloque en el cementerio de Westchester, en el panteón familiar. Yo no hago falta aquí.

—Entonces, si me lo permite, la acompañaré.

—¿Adonde? —preguntó ella desconcertantemente.

Él puso otro cigarrillo en sus propios labios. Acercó el mechero de electro-gas al de la chica y luego encendió el suyo. Encogiéndose de hombros, le respondió:

—Adonde usted quiera. Me llamo Alan, pero algunos me llaman M. Milk.

—¿M. Milk, y le va el apodo?

—No soy yo el más indicado para decirlo.

Ella mantuvo el cigarrillo entre sus dedos. Alan observó que tenía la

uña del índice algo amarillenta por exceso de fumar.

—¿Puede llevarme a la estatua de la Libertad?

Él parpadeó ligeramente. Volvió a encogerse de hombros y dijo:

—Si ése es su gusto, señorita Mac Pothers.

—La funeraria es un lugar idóneo para tratamientos considerados y burgueses. Prefiero que me llames Liza.

—*Okay*, Liza.

Abandonaron la funeraria seguidos por las miradas de los que allí quedaban, en especial la de Carla Devanié que no veía muy bien la competencia, más joven que ella y, por otra parte, tan desconcertante, pues la túnica de arpillera, la cabeza rapada y luego aquellos lentes, hacían aparecer a Liza Mac Pothers como asiática.

El portero del garaje les saludó reverente y circunspecto al salir el «Mercedes-Benz» a la calle. Alan torció a la derecha y se dirigió hacia la carretera estatal 87.

Cruzaron por el puente de la calle 138 para pasar a Manhattan y allí, enfiló la Avenida Madison para rodar en dirección a Battery Park donde tomarían el ferry que habría de llevarles como dos turistas provincianos más al islote de Liberty, en el que se levantaba la archifamosa estatua con sus 152 pies de altura, presidiendo la bahía de Hudson.

—¿Eres un asalariado de mi padre, es decir, de la Mac Pothers Electronic?

—No.

—¿Quién paga entonces el lujo de tu coche, de tu ropa y de tu reloj, que parece muy caro?

—Lo es, muy seguro, muy perfecto y muy caro. Todo lo paga el que más puja.

—¿Eres pintor, marchante, qué eres en realidad, por qué estabas en la funeraria?

—Soy un periodista *free-lance*.

—Ah, ya. Vas a la caza de la noticia sensacionalista para luego venderla a quien te la pague mejor, incluso se puede vender al propio interesado para evitar su publicación.

—A eso se le llama chantaje periodístico y yo no soy tan marrano.

—Vaya, te las das de íntegro —le dijo, apoyando los brazos en la baranda de cubierta del ferry que surcaba las aguas oscuras.

—No creo que sea bueno presumir de nada, pero considero que tú también presumes de algo.

—¿Ah, sí, y de qué crees que presumo?

—No sé, quizá de llevar el uniforme del inconformismo. Hace algunos años se pusieron de moda las greñas sucias. Ahora, por lo visto, se estila la cabeza rapada y afeitada.

—¿Te gusta el cabello en la mujer?

—Sin paliativos, sí.

—Bueno —sonrió ella—, tú eres de los que prefieren la mujer-objeto.

—Hum, ya veo que estás en el sarampión de la rebeldía adolescente, pero no te preocupes, eso se cura con el tiempo y no hacen falta antibióticos.

—Te las sabes todas, ¿no?

—He vivido algunas.

—Pues no pareces viejo.

—Por supuesto, yo no me considero viejo, sino todo lo contrario, claro que para algunos, cuando se pasa de los veinte, ya se es muy adulto y luego viejo. ¿Cuántos años tienes tú?

—¿Importa eso? Para mí, el tiempo no cuenta. Contemplar, vivir el presente es lo fundamental.

—¿A qué guru sigues?

—¿Guru? —soltó una breve carcajada—. ¿Crees que soy una prosélita de esos gurus asiáticos que se pasan por Europa y América buscando adeptos?

—Tu aspecto da esa impresión.

—Tengo amigos, ellos me dicen cosas y no me defraudan, eso es todo. No me gustan los convencionalismos ni las amistades largas.

—¿Por qué? ¿Temes que te defrauden o que tú les decepciones a ellos porque más tarde o más temprano los ojos dejan de ver una cabeza rapada y terminan viéndote tal cual eres?

Ella volvió a reírse; su risa resultaba irónica, con experiencia.

—¿Lo ves? Si yo fuera una chica-objeto, una chica más, me molestaría por tus palabras, pero yo dejo hablar y pido que me dejen hablar a mí.

—En ese caso, empieza a cañonearme.

—Mira, ya llegamos.

Subieron a la estatua de la Libertad. Caía la tarde y el sol perdía fuerza, anaranjándose sobre New Jersey mientras las aguas del estuario del Hudson enrojecían paulatinamente.

Un trasatlántico entró en la bahía haciendo sonar su sirena y encendiendo todas sus luces pese a que no eran necesarias. Parecía un gigantesco cisne pavoneándose majestuoso contra la corriente, deseando ser admirado, mientras se dirigía hacia el muelle 86 donde desembarcaría toda su mercancía humana, hombres y mujeres con los ojos abiertos y ansiosos, metiéndose en el cerebro, el hígado y los riñones del gran New York que era la isla de Manhattan.

—Creo que estimaba a mi padre —dijo Liza sin mirarle.

Con los codos apoyados en la barandilla y encarada con el sol, se quitó las enormes gafas, por primera vez.

Alan Farrel admiró unos grandes ojos rasgados, de pupilas azul celeste. Ahora se notaba mejor el correcto perfil de la nariz y unos labios bien trazados, algo reventón el inferior, pero sin romper la armonía del resto de la cara.

—Yo no creo que nunca se deja de estimar a los padres.

—Algunos los odian.

—Tras ese odio hay amor. A veces se dice que se odia a los padres cuando en realidad se odia uno mismo.

—Uauh, servirías como guru. Tienes filosofía, muchacho.

—Liza, creo que ha caído una gran carga sobre tus hombros.

—No quiero cargas, estoy bien como estoy. Por cierto, ¿vas a publicar esa frase mía de que quizá estimaba a mi padre?

—No he dicho que fuera a publicar nada, es más, todos han publicado artículos sobre la muerte de tu padre y yo no lo he hecho.

—¿Eres el más tonto o el más zorro?

—¿Tú qué crees?

—Tienes cara de hombre decidido, facciones acusadas, ojos fríos, mentón fuerte y cinismo en los labios. Creo que eres el más zorro.

—A lo peor, aciertas.

—Dime, ¿llevas alguna pequeña cámara fotográfica? Por mi aspecto debo de ser muy vendible, me refiero a la foto.

—No utilizo esos trucos, no me hacen falta.

—Condenadamente listo. ¿Sabes una cosa, Alan?

—¿Qué?

—Me gustaría verte dar un tropiezo.

—¿Por qué?

—Pareces tan seguro de ti mismo —dijo ella, volviendo a colocarse las gafas, como temiendo que sus ojos la traicionaran.

—¿Te vas a inhibir de los problemas de la Mac Pothers Electronic?

—Creo que la empresa que fundó papá funcionará a la perfección sin que yo intervenga. Soliman es un excelente financiero y Carla Devanié le ayudará. Además, hay otros consejeros y accionistas. No, no voy a destruir la empresa con mi intervención. Después de todo, hay mucha gente viviendo de ese negocio y, aunque a mí no me agrada su forma de vivir, no me creo con el derecho de dejarles de patitas en la calle y sin trabajo, maldiciéndome.

—¿No tienes ambiciones?

—Si te refieres a vivir la *high life*, no, claro que no. Yo no reviento por tener un amiguito o un yate mejor o peor que fulanita o menganita. No soy de ésas.

—No obstante, eres la heredera y, en consecuencia, la propietaria.

—Mi padre puso muchas condiciones en su testamento, incluso previó

que yo pudiera tener hijos legítimos e ilegítimos. Ya ves, pensaba en todo.

—¿Puedo conocer algún detalle de todo ese lío testamentario?

—¿Para venderlo como primicia?

—Te doy mi palabra de que es simple interés personal. Sólo publicaré un extenso artículo de este caso si doy con el asesino.

—Si es así, te diré que si tengo hijos ilegítimos recibirán una pequeña pensión vitalicia, pero si es legítimo, a la larga se convertirá en el heredero total de la fortuna Mac Pothers. Yo tengo varias opciones respecto al testamento, y una de ellas es dejar que los beneficios reinviertan en el negocio controlado por el consejo de administración que deberá de funcionar sin mi intervención y a mí me será pasada, mientras viva, una pensión de sesenta mil dólares anuales que se incrementará siempre en razón al tanto por ciento en que se revalúe el patrón-oro internacional.

—Caramba, tu padre era todo un financiero.

—Sí, y no sé si estoy decidida a rechazar esa renta.

—¿Por qué? Legítimamente te pertenece y no afectas en nada a la compañía, es más, los trabajadores y empleados de la empresa te lo agradecerán.

—Es posible, pero para mí, tanto dinero es una novedad.

—¿No recibías ningún cheque ahora?

—No, bueno, sí. Recibía uno simbólico de treinta dólares mensuales, a dólar diario, es lo que estipulaba mi padre hasta que cediera en mi postura, según él, de rebeldía a su autoridad y a su sentido de la educación y de la vida.

—Tu padre estaba seguro de que algún día cederías, ¿verdad?

—No lo sé. Al principio, cuando recibía esos cheques, los rompía, pero luego tuve hambre y comencé a aceptar ese dólar diario. Perra vida, el dinero hace falta, aunque sólo sea para que a una no le rasquen tanto las tripas.

—Menos mal que no eres de las que piensan que con robar es suficiente.

—Ni robo ni me prostituyo. Soy independiente, amo la libertad y a través del yoga he hallado la paz de espíritu.

—Pero no vivirás sola, ¿verdad?

—¿Te refieres a mis amigos, a mis compañeros?

—Sí. Supongo que ellos también son unos inconformistas.

—Lo son, aman la paz y el arte. Los hay muy inteligentes, pese a lo que se pueda opinar de ellos al primer golpe de vista.

—Me gustaría conocerlos.

—Con tu traje y tu facha, destacarías demasiado entre ellos.

—Si sois tan libres e independientes, no os ha de importar en absoluto cómo vista yo, de lo contrario convertirís vuestra indumentaria también en

uniformes como pueda serlo el traje y la corbata.

Ella se lo quedó mirando a través de las gafas. Apoyó su índice en el carrillo y aceptó:

—Tienes razón, pero no te aseguro que vayan a recibirte bien.

El sol anaranjado había desaparecido, oculto tras la bruma que se había levantado, descendiendo por el Hudson y el East River, cubriendo Manhattan y el estuario. Abajo aguardaba, impaciente, el ferry que habría de regresarlos a la urbe.

CAPÍTULO VI

Aquellas casas del West Side, a orillas del Hudson y cerca de los muelles, eran de paredes oscuras y viejas de aspecto. Distaban mucho de las viviendas modernas y confortables ubicadas en New Jersey, donde vivían ejecutivos o empleados con buenos dólares en sus bolsillos y que a diario se desplazaban a Manhattan para hormiguitar dentro de los grandes rascacielos de Rockefeller Center o en sus émulo de acero, hormigón y cristal.

Aquellas casas del West Side, cerca de las aguas negras del Hudson cargadas con los detritos de las factorías de río arriba, con las gabarras repletas de basuras deslizándose por ellas en busca de los grandes basureros que la macrópolis producía en cantidades inimaginables, eran ya baratas. Habían bajado de precio porque el barrio negro se extendía e iba ganando manzanas como antes lo hicieran irlandeses o judíos.

Ahora eran los negros, y allí ya convivían negros algo más adinerados y blancos venidos a menos que aspiraban a marcharse pronto, pues más negros vendrían. Ya se decía que Manhattan terminaría siendo negra.

A Alan Farrel le importaba muy poco todo aquello, él era integracionista, no estaba con los sureños del Ku-Klux-Klan ni con los del Black Power, pero sabía que había que andarse con cuidado en el barrio negro si se era blanco, y en según qué barrios blancos si se era negro.

Allí no parecía haber peligro y sí ratas. Los basureros no tenían prisa en recoger los *containers* de las basuras y las ratas subían del Hudson por los muelles pétreos, correteando hacia los depósitos metálicos para rebuscar entre ellos la comida de cada noche.

Los amigos o compañeros de Liza Mac Pothers tenían un sótano bastante grande que con anterioridad podía haber albergado alguna pequeña industria o almacén.

Las paredes eran de ladrillo desnudo y en aquel lugar había olor a humedad y hediondez de humanidad.

No había luz eléctrica, posiblemente nadie de los allí reunidos se responsabilizaba de unos contadores y de abonar el consumo religiosamente. Por ello, había luces de gas a bombonas, con lámparas biseladas tipo camping. Alan Farrel contó cuatro, distribuidas a voluntad de los que parecían detentar su posesión.

Allí estaban los últimos, los decadentes *hippies* mezclados con otros jóvenes de distintas razas y pensamientos. Había varias cabezas afeitadas.

Para avanzar, Alan Farrel pasó por encima de dos que, tendidos en el suelo, cuchicheaban sin molestarse en dejar paso.

—¡Liza, Liza! —gritó un joven alto, muy delgado y que llevaba un frondoso y largo bigote cuyas guías rebasaban los maxilares inferiores, colgando en el aire. Sus cejas eran grandes, espesas y sus ojos oscuros.

—Hola, Burr.

—¡Hay que celebrarlo, hay que celebrarlo! —gritó entusiasmado.

—¿Celebrar el qué? —preguntó Liza, algo desconcertada, mirándole a la cara.

Alan Farrel les observaba a ambos y otros de los que allí estaban le miraban a él con hostilidad. Había caras de pocos amigos. Era obvio que era como una hormiga en nidal ajeno.

—Lo dice el periódico, te van a pasar una renta de sesenta mil dólares al año. Es fantástico, podremos cambiamos de sitio, pero primero hay que celebrarlo.

—Piano, piano —pidió Alan Farrel.

El tal Burr, muy delgado y seguro de sí mismo y de que los demás debían de hacer lo que él dijera, se le quedó mirando de frente, desafiante.

—Eh, ¿quién eres tú?

—Se llama Alan y es periodista —aclaró Liza.

—¿Y qué c... hace aquí un periodista?

—Vengo porque me da la gana —replicó Alan Farrel.

En derredor se produjo un ligero movimiento entre algunos de los tipos que estaban sentados o medio tumbados, algunos rasgueando guitarras, otros leyendo algo.

—Burr, no lés a mi amigo —exigió Liza sin vacilar.

—Es tu amigo, ¿eh? ¿Qué te pasa, Liza, quieres que la Prensa hable más de ti? Si los periódicos ya vienen llenos.

—Él no es un periodista cualquiera. Es un *free-lance* y no ha escrito nada sobre el asesinato de mi padre.

—Yo no creo que la muerte del señor Mac Pothers, por muy antipático que les cayera, sea para celebrarlo con su hija.

—Atendedme, hermanos —pidió una voz gangosa, pero autoritaria, sin ser alta de tono.

Se adelantó un hombre que vestía una túnica anaranjada y tenía la cabeza rapada y afeitada. Aquel hombre no era precisamente un niño, rondaría los sesenta y todos le llamaban Spirit Father.

—Este hombre se llama Alan, es periodista y amigo mío. Dile a Burr que no lo moleste —pidió Liza a Spirit Father.

—Burr, creo que Liza tiene razón. No es tu conducta lo que pedimos aquí —dijo juntando sus manos finas, blancas, de piel casi traslúcida, exentas de arrugas.

Burr torció el gesto, pero se contuvo. Tras él se habían quedado dos sujetos de miradas entre torvas y hostiles. Uno de ellos tenía la mitad de la cara con una reliquia de quemadura que le convertía en un ser algo monstruoso, si se le veía de pronto y sólo por el perfil derecho.

—Está bien, está bien. No molestaremos al periodista mientras no se entrometa con nosotros. A los periodistas les gusta echar basura sobre los que no queremos llevar corbata, chaqueta y seguir un horario. Es muy fácil dejarnos como a puercos y luego, ellos llenándose los bolsillos de dólares al vender más ejemplares para escándalo de las puritanas amas de casa que pueblan la Unión de costa a costa.

—Disculpe, señor...

—Alan —repitió Liza.

Spirit Father hizo una leve y casi ritual inclinación de cabeza. Aquel hombre tenía sin duda sangre asiática, salvo que se hubiera hecho la cirugía estética en los ojos y tuviera ictericia.

—Burr es joven y los jóvenes suelen ser belicosos. No me canso de predicar la paz entre los hombres, el amor al prójimo y el dejar hacer para que te dejen hacer.

—Son máximas muy buenas. Las he oído en varias ocasiones y en las más distintas lenguas, sólo que muchos las pregonan, pero no las cumplen.

Liza miró de reojo a Alan y luego a Spirit Father. Este no se había molestado y sonreía pacíficamente con sus ojillos almendrados color café claro.

—Supongo que habrá venido a ver dónde vive nuestra hermana Liza.

—Así es. Un periodista es curioso por naturaleza. Lo llevamos dentro desde que nos palmorean las nalgas y lanzamos el primer berrido. Es como si diéramos al mundo la primera noticia.

—Una noticia de llanto. Buena metáfora, Alan, sólo que a mí me gustaría más que fuera una risa y no un llanto lo primero que se diera al nacer.

—Creo que las personas nacemos como morimos, llorando, si nos dejan tiempo para llorar cuando morimos, claro.

—Las charlas de Spirit Father son tranquilizantes —dijo Liza—. Él es quien cuida de esta comunidad.

—¿El jefe?

—No, Alan, aquí no hay jefe —corrigió Liza—. Todos escuchamos y cada cual hace luego lo que le viene en gana, siempre que no moleste a los demás.

—¿Y si lo molesta, quién lo juzga y sentencia, quién impone la ley?
Spirit Father volvió a sonreír.

—La actitud de los restantes miembros de la comunidad hace sentir al culpable que ha obrado mal y si no se corrige sabe que tiene que

abandonamos.

—Parece todo muy bueno, muy perfecto dentro de lo que cabe viendo lo que veo, pero soy de los que opinan que el hombre es como los peces. El grande se come al chico, quien tenga la fuerza se impone y no necesariamente ha de ser la fuerza física. Burr, por ejemplo...

—¿Qué pasa conmigo, periodista? —inquirió arrogante, hundiendo los pulgares por detrás del chaleco de cuero que vestía sobre una camisa de franela roja.

—Tú eres un dominante y otros te obedecen, eso se ve a las claras. Te gusta mandar y si pudieras, los gobernarías a todos.

Burr soltó una carcajada. En el fondo se había sentido halagado.

—Te las das de sagaz, ¿eh?

Liza cogió a Alan por la chaqueta y le dijo:

—Mira al resto. Todos no son belicosos como Burr. Ahí, por ejemplo, está Dennis.

Liza señaló hacia una de las luces de gas junto a la cual había un hombre. De la pared colgaba una tela y el tal Dennis, que era un joven no muy alto, de cara redonda y pelo rizado y abundante, quizá más claro de lo que allí podía juzgarse, estaba pintando con una paleta y sus pinceles.

Se le acercaron por detrás.

Dennis pintaba un cuadro y Alan, tras darle un vistazo, observó:

—Pinta muy bien, amigo, pero hay algo que no veo claro.

—Es inútil que le hables, es sordomudo —advirtió Liza.

—Pinta muy bien, aunque parece carecer de estilo personal. El cuadro me recuerda a un Van Gogh.

Liza apretó ligeramente los labios y dijo:

—Luego, hay más amigos, digamos hermanos.

—Aguarda, me interesa Dennis.

Se puso de lado y llamando la atención del pintor, le hizo unos movimientos con las manos que sorprendieron a Liza.

El rostro de Dennis se iluminó y respondió también con gestos. Luego, ambos intercambiaron más gestos. Dennis sonreía y señaló el cuadro.

Más atrás, el rostro de Spirit Father semejaba preocupado. Aquel mudo diálogo terminó con un apretón de manos entre Alan y el pintor.

—¿Sabes hablar por señas?

—Algo. Cuando estuve en la Air Force tuve un compañero que era sordomudo. Era un mecánico excelente, hubiera podido llegar a más de no ser por su defecto, pero era muy bueno.

—¿Y qué te ha dicho Dennis?

—Pues que sí, que acepta que pinta bien; pero que no tiene estilo fijo.

—Vaya, es lo que tú habías opinado. Al parecer, también sabes enjuiciar el arte pictórico.

—Un periodista ha de aprender muchas cosas para luego poderse las contar a la gente.

Burr, que estaba junto a Spirit Father, escuchaba lo que decía Alan, pues le habían seguido de cerca.

—¿No te ha dicho nada más?

—Pues sí, que disfruta copiando a los maestros. Que él se complace reproduciendo lo que otros han podido crear, ya que carece de esa capacidad creativa y lo reconoce, pero que se considera un excelente copista. Ahora mismo está copiando un cuadro de Van Gogh que recuerda de memoria.

—Vaya, también lo has acertado con el cuadro —exclamó Liza, admirada, pero con algo de inquietud en el fondo de su garganta.

—Bien, bien, parece que este refugio no tiene muchos escondites.

—Pues no. Aquí cada cual tiene su catre o su saco de dormir. Se tiende y se duerme y no creas que se hacen bacanales como muchos piensan. Se duerme y en paz, claro que cada cual es dueño de su *free-love* o de su *petting*, si no quiere llegar a las últimas consecuencias, como las burguesitas amaestradas.

—¿Y tú qué prefieres?

—¿Estoy obligada a responder a la Prensa?

—Oh, no, claro que no. No te hago ninguna interviú, sólo somos amigos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó ella.

—Sin embargo, conociendo a tu padre, no me extraña que no aceptara en absoluto este medio de vida tuya, esta rebeldía contra su sistema.

—Su sistema es imperialista, caduco.

—Calma, calma. Si quieres que te dejen hacer, has de dejar hacer y para conseguirlo, no hay que ser nunca vehemente en exceso.

—Alan es un hombre inteligente, ya lo creo que sí. Seguro que llegará a grandes empleos porque tiene mucha confianza en sí mismo —dijo Spirit Father, interviniendo en la conversación.

De pronto, el diálogo e incluso el rasgueo de las guitarras, quedaron cortados. Se produjo un barullo y se alzaron protestas. Sonaron unos silbatos y alguien chilló:

—¡La policía!

Alan Farrel miró hacia la puerta. Un grupo numeroso de agentes uniformados cortaba la salida del sótano y dos de ellos metieron unos focos eléctricos portátiles que suplirían a las luces de gas si apagaban éstas. Supuso que afuera estarían aguardando los furgones celulares.

—Cerdo —escupió Burr por lo bajo, mirando a Alan Farrel—. Tú les habrás pedido que vinieran, ahora ya tienes el notición.

Alan buscó el rostro de Liza, pero ésta había ido a reunirse con Dennis,

el sordomudo. Cogiéndole una hoja de papel, comenzó a escribirle rápidamente algo con uno de los carboncillos que usaba el singular pintor de la extraña comunidad, dirigida por el no menos extraño ser al que llamaban Spirit Father.

CAPÍTULO VII

El teniente Neverman estaba preocupado, las cosas no le iban muy bien. El éxito no le acompañaba en su investigación y el asesinato de Gregory Mac Pothers seguía tan misterioso como al principio.

Alan Farrel le observaba. El teniente paseaba nervioso por el despacho del rubio y ceñudo capitán Lorson.

Por su parte, Liza estaba sentada en una butaca frente a la mesa. Su cabeza aceitada brillaba a la luz de la lámpara de mesa y seguía protegiendo sus ojos con las grandes gafas oscuras. De esta forma, parecía impenetrable. Sin embargo, sus labios prietos revelaban que estaba a disgusto, aunque dispuesta a soportar lo que hiciera falta.

—Estoy seguro de que ellos tienen algo que ver —gruñía el teniente Neverman que había solicitado la colaboración del capitán Lorson, de Manhattan, para efectuar un arresto completo de todos los amigos de Liza.

—Los interrogatorios sólo han revelado que algunos son toxicómanos, que otros son desertores del ejército o que alguna chica tiene cuentas pendientes con la policía estatal, pero de relación con el crimen, nada.

—Les es muy fácil acusarnos porque no somos de su casta —espetó Liza.

—Señorita Mac Pothers, modérese, no la acusamos de nada, simplemente interrogamos. Créame, lo que nos interesa es echarle el guante al hombre que mató a su padre a sangre fría, ¿o acaso usted no desea que eso ocurra?

Más tranquila, respondió:

—Sí, sí lo deseo, pero a lo peor no me creen porque piensan que soy yo la asesina.

Alan Farrel sonrió y dijo:

—Ninguno de los policías cree tal monstruosidad, Liza, pero podría ser que te hubieran utilizado para algo sucio, y el que lo ha hecho ha asesinado a tu padre.

—¡No, estoy segura de que no! —replicó, rotunda.

—¿Por qué tanta seguridad? —inquirió Neverman.

Hubiera deseado poder hacerle el tercer grado a la chica, si no para hacerle confesar su culpabilidad, sí para que le contara algo más de aquel grupo de tipos raros que se diluían entre sus manos, porque el capitán Lorson ya le había advertido que la mayoría de ellos quedarían rápidamente puestos en libertad, pues no había nada que imputarles.

—Liza, tú eres una chica joven, todavía te queda tiempo para que te engañen muchas veces aquellos en quienes depositas tu confianza —le dijo Alan Farrel.

—¿Como tú? —inquirió, agresiva.

El capitán Lorson intervino:

—No todos la queremos engañar. El señor Farrel ha dado su palabra de no publicar nada que pueda estropear la investigación del asesinato y yo confío en él porque le conozco. Por otra parte, le doy mi palabra de que nada tenía que ver con el arresto del sótano.

Liza se sumió en un silencio. El teniente Neverman comenzó a dar círculos sobre sí mismo con pasitos cortos y actitud meditabunda.

Alan Farrel encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Lo encendió y luego se lo pasó a Liza. Esta parecía que iba a rechazarlo fríamente, pero su boca lo atrapó. Poco después, el humo escapaba por los orificios de su nariz.

—A mí no me ha engañado nadie, y pese a lo que crean, no me ha alegrado en absoluto la muerte de mi padre. Detesto la violencia.

—Capitán, creo que al pintor, al sordomudo, debe de meterlo entre rejas.

—¿Bajo qué acusación, teniente? A lo peor resulta que se presenta aquí un buen abogado a defenderle. Con esos jóvenes rebeldes, amantes de la paz, siempre surgen sorpresas. Fíjese en la señorita Mac Pothers, por ejemplo. Es hija única, heredera de una gran fortuna y, en cambio, su aspecto se contradice con lo que cualquiera pudiera pensar de ella.

—Creo que Dennis es capaz de pintar un Gauguin perfecto —opinó de pronto Alan Farrel, pensativo.

Liza se volvió bruscamente hacia él, mirándole a través de sus grandes gafas como si el periodista acabara de traicionarla en algo.

—Esa es mi idea, sí, señores, ésa es mi idea —machacó el teniente Neverman—. Opino que ese Dennis fue el que pintó la copia de «La Venus maorí de los pies grandes».

—Esa teoría será difícil de demostrar —objetó el capitán Lorson.

—Hay que interrogarlo a fondo y separado de los demás. Los pintores que no han tenido éxito y son excelentes copistas, suelen tener mucho orgullo profesional y con habilidad se les puede tirar de la lengua. Si le hacemos confesar que él pintó «La Venus maorí de los pies grandes», tendremos la clave.

—¿Qué clave? —preguntó Liza.

—Pues la de que sus amiguitos de la cueva llevaron a cabo el asesinato.

—¿Y por qué no los de la V.O.A.V.? —preguntó Alan Farrel.

—Porque puede resultar muy fácil esconderse tras esa organización para cometer un delito similar. Eso se hace mucho en el mundo del crimen.

Surge uno, opera en el hampa de una forma original y en seguida tiene imitadores que tratan de que se le carguen las culpas al primero. En ocasiones, se culpabiliza a un tipo que ya está muerto o por lo menos en la cárcel, circunstancia que en ese momento puede ignorar el que comete el delito y deja pistas falsas para confundirnos.

Liza iba a replicar, pero el capitán Lorson, paciente, se le adelantó con la palabra.

—Si sabe algo sobre el caso, señorita Mac Pothers, debe de colaborar. Encubrir a los culpables puede hacer que termine en la cárcel y se trata de un crimen en primer grado, puesto que ha habido robo incluido. Si sabe algo, ayúdenos. Es su deber como ciudadana de Estados Unidos y como hija de la víctima.

—No sé nada —fue la respuesta tajante. Luego, preguntó—: ¿Estoy arrestada?

—No.

—Entonces, me marchó.

Se levantó resuelta. Neverman la miró como el cazador que ve escaparse al pájaro que ya tenía en la jaula.

Alan Farrel hizo un gesto de adiós con la mano a los policías y siguió tras Liza. Ya fuera del despacho, le preguntó:

—¿Te llevo a alguna parte?

—¡Al infierno!

Y tiró el cigarrillo sobre una escupidera con arena que había en un rincón.

Alan Farrel pensó que aquél no era el momento más idóneo para seguirla. Liza le consideraba una especie de traidor. Se dijo que aquella chica tenía algo muy atractivo pese a su cabeza rapada y las ropas que vestía. Era como si se negara a ser bella, a ser mujer-objeto, pero estaba seguro de que Liza no era una perdida, más bien la creía una ingenua pese a su radicalismo.

El teniente Neverman se puso tras Alan Farrel, saliendo también del despacho, y le dijo:

—La chica tiene genio. La verdad es que había de tenerlo para enfrentarse a su padre.

—Teniente, ella no tiene afán de lucro. Ha rechazado el dinero y no creo que odiara a su padre como para matarlo. En realidad, esas peleas tan virulentas entre padre e hija, cuando no existen motivos sólidos que las justifiquen, no son más que una expresión de amor filial. Creo que los dos se querían, pero ambos esperaban que el otro cediera. Puede que Liza arrastre toda su vida la pena de qué su padre murió sin haber cedido, sin haberse reconciliado con ella.

—Me estás saliendo muy filosófico, muy social, M. Milk. No te creía

así. ¿Te hace una vueltecita por Yonkers?

—¿Va a la estación de policía o a la mansión Mac Pothers?

—A la mansión. Seguimos buscando la supuesta caja de caudales secreta del señor Mac Pothers. Tenemos a nuestros mejores peritos revisando todas las paredes. Si esa caja existe, ese hombre debía de ser un lince al esconderla.

—*Okay*, teniente, le acompaño.

CAPÍTULO VIII

La mañana era fría, desapacible. La atmósfera estaba cargada y las hojas verdes de las plantas de los parques aparecían más limpias gracias a las últimas lluvias.

Alan Farrel había preferido viajar en su propio automóvil. Siempre se las arreglaba para tener la gasolina suficiente y el teniente Neverman no se preocupaba de aquel problema.

La mansión Mac Pothers estaba vigilada. Junto al guarda de la puerta había un agente de uniforme y la pareja de *dobermans* miraron indiferentes a los coches, sin lanzarles ningún ladrido.

La casa no se hallaba vacía, había gente. Policías, detectives, entre los que destacaba la elevada estatura de Maclosky, aquel hombre de rostro grande, capaz de encajarlo todo.

Estaba también Soliman, el hombre de las gafas montadas sobre varillas de platino y vicepresidente de la compañía y que mientras no se dispusiera lo contrario la regentaría en la actualidad.

—¿No ha venido Liza con ustedes? —inquirió preocupado.

—No, ha preferido marcharse.

—He de encontrar a esa chica. Me va a proporcionar muchos dolores de cabeza, tiene que firmar varios documentos.

Alan Farrel opinó:

—Me temo que tendrá que esperar un poco. La chica está algo afectada por lo sucedido.

Desde detrás de una butaca salió la voz de Carla Devanié.

—Parece que ya conoces muy a fondo a esa chiquilla, Alan.

—Ah, estás ahí.

La butaca de alto respaldo era giratoria y la bella y algo madura Carla sólo tuvo que mover un poco los pies para dejar de mirar a la ventana, esperando que comenzaran a caer las primeras gotas de lluvia de aquella mañana, quedando frente a los recién llegados.

—Estás algo torpón, Alan.

—Tú dirás por qué.

—No has publicado nada de esa chusma del sótano del West Side y, además, los periódicos dicen que en la redada se pescó también a uno con cara de periodista conocido. Que me quede sin lengua si no eras tú.

—No temas por tu lengua, sí era yo.

—M. Milk sólo había ido a acompañar a la señorita Mac Pothers. Se

encontraba allí por casualidad —dijo el teniente Neverman con gesto cansado.

—¿Está investigando por su cuenta Farrel? —preguntó Maclosky directamente.

—Un periodista siempre investiga la noticia.

—Pues aquí; la policía investiga un crimen y yo también.

—Pues, que haya suerte para todos. ¿Han encontrado ya esa supuesta caja de caudales?

—No.

—Qué raro. ¿El señor Mac Pothers no reveló nunca a la compañía de detectives Harryman y Harryman, con la cual tenía suscrito un contrato de protección, dónde tenía su caja de caudales secreta?

—No. Por lo visto, el señor Mac Pothers era muy reservado —dijo Maclosky—, pero no veo yo que sea tan importante encontrar esa caja de caudales. Lo que interesa es hallar al asesino, y seguro que está entre esa chusma que ha capturado el teniente. Sólo hay que apretarles los tornillos y sabremos quién ha sido.

—Ellos no han sido, Maclosky. Ninguno de ellos estaba aquí la noche del crimen, esto lo hemos comprobado. Además, ¿no opinaba usted que los asesinos son los de esa organización llamada V.O.A.V.?

—Es muy pronto para decir quién ha sido, pero seguro que usted tiene pistas que no me da, teniente. Así no me va a ayudar en el caso, y éste se presenta cada vez más oscuro.

—¿No empieza la policía por sospechar siempre de los principales beneficiados con la muerte de la víctima? —preguntó Carla Devanié.

—Sí, pero en este caso la heredera es la señorita Mac Pothers y, francamente, ella no se beneficia con la muerte de su padre. Le hubiera bastado con venir a verle en vida para zanjar sus asuntos económicos.

—Eso sería dejándose crecer el pelo —comentó Maclosky.

—Puede que odiara a su padre hasta el extremo de...

Carla dejó en suspenso aquella acusación, escasamente velada.

—Eso es calumniar a la chica. No la creo capaz de una cosa semejante; además, ella no estaba aquí.

—Ella no, pero alguien podía matar por ella.

—Liza no es de esa clase.

—Caramba, Alan, parece que te has convertido en su abogado defensor. ¿Tanto te precias de conocerla ya? —le preguntó con una sonrisa cargada de malicia.

—Teniente, será mejor que pasemos al despacho del señor Mac Pothers. Puede que allí esté la caja de caudales —pidió Alan Farrel.

—Imposible —dijo el teniente—. Mis hombres llevan horas registrándolo y no han encontrado nada. Si hubieran hallado algún detalle,

me lo habrían comunicado.

—No obstante, nunca se sabe. ¿Puedo pasar al despacho?

—Sí, sí, pase, es decir, pasemos.

—Teniente, no sospechará de mí, ¿verdad? —preguntó Soliman con rostro ceñudo.

—Bueno, yo no le he dicho nada, pero usted estaba aquí como otros y, además, su posición mejora con la muerte del señor Mac Pothers.

—Ya lo ves, Ernest, antes que sospechar de Liza van a sospechar de todo el mundo —observó Carla.

Vestía elegante, como siempre, ahora en lila, claro, un traje-pantalón algo severo.

Penetraron en el despacho.

Era amplio, sobrio, con muchas estanterías repletas de libros. El suelo era de parquet, muy pulido y en madera de caoba. La ventana estaba enrejada en su parte exterior, por lo que resultaba más que difícil que por allí se introdujera alguien.

Tenía cristalera y una contraventana que ahora aparecía abierta y que dejaba ver el jardín húmedo, unos parterres costosamente cuidados. Dentro del despacho había dos peritos de la policía. Eran jóvenes y usaban pequeños aparatos electrónicos de detección.

—¿Cómo va eso, chicos? —preguntó el teniente Neverman.

—Es muy extraño, teniente —dijo uno de ellos, que ya era sargento.

—¿El qué es extraño?

—Pues, que detectamos acero en gran cantidad.

—¿Dónde?

—En todas partes.

Alan Farrel comentó bromeando:

—A lo mejor, la caja de caudales es todo el despacho.

—Eso parece —asintió algo grave uno de los jóvenes peritos—. Las paredes de esta habitación tienen un grosor nada usual. No pertenecen a la misma fecha de edificación del resto de la casa. Techo, paredes, suelo, todo parece revestido de hormigón armado en gran cantidad, con gruesa varilla de acero y yo diría que por lo menos de pulgada o pulgada y media. Eso es lo que detectamos.

—Hay muchos millonarios que poseen refugios como éste —opinó Maclosky—. Hay empresas constructoras que han metido en la cabeza a quienes pueden pagar que estamos bajo la posibilidad de una amenaza atómica y entonces les construyen un refugio atómico. Fíjense en la ventana. De suceder algo, bajaría un panel, que parece muy grueso y que encaja perfectamente en las guías de los costados y en el alféizar.

—Es cierto —dijeron, acercándose todos a la ventana.

El teniente opinó:

—Este panel de acero que debe de cerrar la ventana en caso de peligro tiene mucho espesor.

—En la puerta parece que hay otro igual —dijo Alan Farrel que se había separado de ellos.

Carla Devanié se sentó cómodamente en una butaca y sacando una boquilla se puso a fumar con expectación aburrida, aunque no cesaba de vigilar al periodista con el que parecía disgustada.

Para una mujer como ella, los celos debían de ser difícilmente disimulados. Cualquier día, Alan Farrel no la miraría ya como lo había hecho en la piscina, al estar frente a él a escasa distancia y en bikini. Pero Carla era mujer de mundo y sabía que la insistencia también era perjudicial. Por eso se limitaba a observar como una gata, vigilando al ratón pacientemente para saltar sobre él con sus zarpas abiertas y enjaularlo dentro de ellas.

—¿Y cómo diablos se bajarán esos paneles? —preguntó el teniente Neverman.

Tiraba de él con las uñas, mas aquello parecía materialmente pegado a las paredes y no descendía una centésima de milímetro.

—Debe de tener un mecanismo que lo active —opinó Farrel.

—Sí, es de suponer —aceptó Maclosky casi con sorna.

—Yo no sabía nada de que el señor Mac Pothers hubiera convertido su despacho en un refugio atómico —se sinceró Soliman.

—Debió de ser capricho del viejo. A lo mejor no pensó en esto como en un refugio atómico —opinó Carla Devanié sin dejar de fumar.

—¿Entonces, qué? —le preguntó el teniente.

—No sé, quizá quiso transformar esto en su bóveda bancaria particular. Todos los hombres que poseen mucho quieren tener un lugar seguro contra todo, pues considero que siempre tienen algo que ocultar y si el señor Mac Pothers quería aislarse en un momento dado en este despacho, sería por algún motivo que se habrá llevado a la tumba.

—Pero ¿es posible que usted, siendo su secretaria personal, no supiera nada de esto?

—En absoluto. Se haría construir todo esto antes de que yo entrara a trabajar para él. No vayan a olvidar que no soy tan vieja.

Alan Farrel se había acercado a la gran mesa despacho, de puro nogal y que habría de pesar no menos de dos mil libras a juzgar por sus dimensiones y el grosor del tablero superior y lo macizo de su frontal tallado. Posiblemente, tras ella podrían resistirse ráfagas de ametralladoras sin que el plomo le alcanzase.

La mesa tenía los objetos usuales sobre un escritorio. Luego, un cajón central y dos hileras de cajones laterales, a derecha e izquierda, respectivamente.

Había un dictáfono recubierto con piel y diseño muy moderno y elegante que por su envoltura no desentonaba con el resto de la decoración.

Con aquel dictáfono se podía poner uno en contacto con cualquier dependencia de la casa y, por otra parte, allí había una tapa que Alan abrió, oprimiendo un resorte que había junto a ella.

—Esto parece un receptor de *cassettes*.

—Sí, eso sí lo conozco —dijo Carla mirándole—. El señor Mac Pothers tiene un cajón a su derecha lleno de *cassettes*. Le agradaba escuchar su música preferida, son de larga duración. Sólo tenía que tomar uno y colocarlo en el lugar correspondiente. Si se oprime el botón uno, la música se oirá en toda la casa. Si se conecta el dos, se escuchará sólo en el salón. Si se pulsa el tres, en su dormitorio. Si es el cuatro, en el jardín, donde hay altavoces estratégicamente distribuidos y si es el cinco, sólo en este despacho para solaz de quien se quede aquí y, por supuesto, le agrade la música seleccionada por Mac Pothers.

Alan Farrel abrió el cajón de los *cassettes*, metódicamente ordenados. La mayoría eran de música clásica. Tomó una selección de Mozart y lo colocó, pulsando el botón uno. La música se expandió por toda la casa.

—Creo que no es hora de jugar, M. Milk —gruñó el teniente Neverman—. A mí, la música no me deja pensar.

—Creo que la música de Mozart calma los nervios, al menos eso dicen los psiquiatras.

—¡Al diablo los psiquiatras!

Alan Farrel siguió mirando los *cassettes*. De pronto, uno le llamó la atención. Leyó en voz baja el estuche:

—Número veinticuatro, sesenta y dos, dieciséis. Gimnasia sueca para reducir el abdomen.

Intrigado, quitó la música de Mozart y puso la gimnasia. Era el único *cassette*, al parecer, que no contenía música, sino palabras.

El teniente Neverman se puso tenso al escuchar al profesor de gimnasia dando órdenes de flexiones y movimientos con el característico «ya» al final de cada ejercicio.

—¡M. Milk, me crispa los nervios!

—¿Para qué quería el señor Mac Pothers este *cassette* de gimnasia, si no parecía tener barriga? Era un tipo delgado.

—¡No me importa para qué lo quisiera, quítalo! —chilló el teniente.

Lo que hizo Farrel fue pasar rápidamente la cinta hasta que dejó de oírse la voz. Lo dejó en marcha, con un extraño presentimiento. De pronto, la ventana y la puerta se cerraron con los gruesos paneles de acero.

—¡Eh, qué pasa! —gritó el teniente.

—Aguarden, creo que he dado con la clave del secreto de Mac Pothers. Todo parece estar en el *cassette*. No olviden que era un industrial de la

electrónica y era muy fácil imprimir las órdenes en un *cassette* que, poniéndolo en marcha, actúa sobre un mando electrónico que activa los sistemas de protección de este despacho. Fíjense, fíjense en el suelo...

En el centro de la estancia, el suelo comenzó a levantarse. Las tablillas de parquet que parecían encajar tan perfectamente se separaron en un cuadro de unos dos metros cuadrados y siguió alzándose porque algo empujaba aquel pedazo de suelo hacia arriba.

—¡Es prodigioso, prodigioso! —exclamó el teniente Neverman—, ¡Es la caja de caudales!

—Farrel es muy listo y muy ingenioso —opinó Carla sin moverse de su asiento, contemplando cómo la caja de caudales, pulgada a pulgada, iba apareciendo a su vista, emergiendo del suelo seguramente levantada por un sistema hidráulico subterráneo.

—Creo que hasta la luz proviene de baterías escondidas en el subsuelo —opinó Farrel—. Mac Pothers pensaría que ese *cassette* de gimnasia, repetida y aburrida, nadie lo pondría más allá de unos minutos por simple curiosidad. Por ello, en otra onda que pasaría directamente a este despacho, posiblemente por algún conducto secreto que vaya de debajo de la mesa al subsuelo, se activaría todo el sistema de enclaustramiento de este lugar y la aparición de esa pesadísima caja de caudales que ahora tenemos delante.

—Esto es un problema —masculló perplejo el teniente Neverman.

—¿Por qué? —preguntó Maclosky—. Ya tenemos la caja.

—Sí, tenemos la caja, pero no el número de la clave para abrirla y además estamos encerrados aquí dentro, salvo que Farrel nos saque con su ingenio'.

—Supongo que otra parte del *cassette* dará órdenes para regresarlo todo a su lugar y abrir la ventana y la puerta, pero antes prueben a poner en las ruedas dentadas los números que voy a decirles.

Siguiendo siempre su intuición, Farrel comenzó a leer el número anotado en aquel *cassette*, que por haber sido grabado particularmente no tenía por qué tener número de serie.

Le obedecieron, y las cifras quedaron puestas en las ruedas. El teniente preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Muevan la gran maneta y abran la caja. Quizá haya suerte.

—Sargento, abra la caja —ordenó Neverman, colocándose delante de ella para descubrir lo que contenía.

El sargento giró la maneta y tiró de ella. De súbito, se produjo una gran sacudida, seguida de explosión.

El sargento salió despedido contra la pared, quedando tendido en el suelo mientras del interior de la caja salía una humareda ácida y desagradable.

—¡Había una bomba, había una bomba! —masculló el teniente con los ojos irritados por los gases brotados de la caja de caudales.

—No, creo que no era una bomba —rebatíó Farrel, tosiendo como los demás dentro de aquella atmósfera enrarecida.

Al disiparse un tanto, descubrieron un gran barreño de duro-plástico, capaz de resistir los más fuertes ácidos. Aquello olía mal y estaba negro. Por encima del líquido, aparecía algo raro y blanquizco, era una visión desagradable.

—¿Qué es esto? —preguntó el teniente.

—Me temo, teniente, que tiene otro cadáver entre sus manos —dijo Farrel—. A este desgraciado lo han metido dentro del ácido para que usted tenga ahora muchas complicaciones para identificarlo.

—¡Maldita sea mi estampa! En vez de solucionar los problemas, me los complican más. ¿Qué significa este cadáver cubierto de ácido y dentro de una caja de caudales?

—Creo que esa pregunta sólo podrá responderla el asesino, teniente —repuso Farrel.

Mientras, en el suelo, el sargento gemía con algún hueso roto a consecuencia de la fortísima sacudida de la puerta al quererse liberar los gases formados allí dentro, a consecuencia de la reacción del ácido con el cadáver de un ser humano.

CAPÍTULO IX

Alan Farrel abandonó la Morgue.

Allí, el médico forense no había ocultado su preocupación ante aquellos restos humanos atacados por el ácido sulfúrico.

El teniente Neverman había comenzado a poner en marcha a su gente en busca del posible comprador del ácido, aunque dudaba mucho del resultado de tales pesquisas.

Había llegado a creer que aquel muerto debía de imputársele al propio Gregory Mac Pothers, pero esa respuesta sólo la obtendría de una forma sólida cuando atrapara al que a su vez había liquidado a Mac Pothers, acribillándolo a balazos. El móvil de la venganza adquiriría cada vez mayor consistencia para el teniente Neverman e incluso para Maclosky, pero Farrel estaba ceñudo y pensativo.

Los editores de los más importantes periódicos, que sabían que iba metiendo las narices en el caso, le telefoneaban ofreciéndole generosos cheques a cambio de artículos en exclusiva, pero Alan Farrel había dado su palabra a la policía de no publicar nada hasta que todo concluyera y la cumplía.

Se preguntaba a sí mismo si merecía la pena continuar husmeando, aunque el caso era verdaderamente apasionante, intrincado, misterioso.

Un valioso cuadro había desaparecido y dos hombres asesinados, porque lo que sí se había podido deducir era que el cadáver que habían echado desnudo dentro del barreño de duro-plástico era de hombre y no de mujer.

¿Serían los amigos de Liza los asesinos? ¿Tendrían ellos el cuadro en su poder? Todo eran preguntas para Farrel, preguntas sin respuestas.

El caso no era fácil, lo estaba viendo mucho más complicado de lo que el propio teniente Neverman suponía y para hallar la solución debería de desgarrar muchos y espesos velos.

Dentro de la caja de caudales habían encontrado lo que menos esperaban hallar.

Se suponía que ahí, Mac Pothers ocultaría dinero que nadie le controlaría para emplearlo cuando le viniese en gana sin dar explicaciones a nadie, ni siquiera al fisco.

Mas, en la caja no había un solo dólar ni un gramo de oro. Cabía preguntarse si Mac Pothers había pagado a los ladrones del cuadro del Metropolitan Museum o no. Se mirara como se mirase, el asunto aparecía

sumamente oscuro.

Introdujo su «Mercedes-Benz» en el aparcamiento subterráneo del Steel Building Apartments, que era su leonera central, pues cuando salía de New York solía parar en moteles u hoteles.

Descendió la rampa despacio y circuló entre una doble hilera de automóviles para buscar el hueco que le pertenecía en razón del apartamento que ocupaba.

Detuvo el auto, quitó la llave del contacto y se apeó para dirigirse al ascensor. Para ello, tenía que pasar entre varios coches y, al parecer, la luz se había fundido en aquel sector.

De pronto, algo contundente y traidor le golpeó la nuca, lanzándole al suelo.

Comprendió entonces que la ausencia de luz no se debía precisamente a la casualidad.

Sacudió la cabeza, el golpe había sido duro. Descubrió a tres sujetos que vestían pantalones y jerseys oscuros, muy similares entre sí. Se encapuchaban con medias, por lo que no pudo ver sus rostros.

Lo que sí constató de inmediato fue que los tres tenían intenciones belicosas. Uno de ellos usaba unos guantes gruesos de obrero de la construcción para poder golpear y no lastimarse. El otro llevaba una cadena de motocicleta y el tercero, una barra de plomo macizo. Este parecía ser el que le había asestado el primer golpe en la cabeza.

—¡Te enseñaremos que no debes de meter las narices donde no te importa, maldito periodista!

Acababa de hablarle el de las manos libres, y, aunque había tratado de cambiar la voz tras la media, Alan Farrel sospechó que era Burr.

El de la cadena, pese a la media, se le notaba un lado oscuro en la cara y también dedujo que sería el sujeto de la cara quemada, perteneciente a la pandilla de Spirit Father, mas, como era lógico, no podía jurarlo ante una corte. Había muy poca luz y ellos iban encapuchados.

Tenía que moverse o lo iba a pasar mal. El de la cadena la volteó dispuesto a descargarla sobre Alan Farrel que había conseguido ponerse en cuclillas.

El supuesto Burr le lanzó una patada. Alan le apresó el pie y le hizo saltar por el aire. El de la barra de plomo lanzó su segundo golpe, pero esta vez, Farrel estaba atento y lo esquivó.

La barra hizo estallar uno de los cristales del coche allí estacionado.

Alan Farrel sintió la mordedura de la cadena en su rostro. Tres contra él eran difícilmente esquivables, mas consiguió descargar un puñetazo sobre la cara del que manejaba la barra de plomo y lo hizo tambalear.

Recibió entonces una patada y volvió a escapar a la maligna cadena de motocicleta, saltando sobre uno de los coches. Desde allí, asestó una patada

en la cara del que creía Burr.

La pelea se recrudeció. Alan Farrel recibió golpes y los propinó. Dos coches resultaron afectados.

El de la porra rodó por el suelo, mas el supuesto Burr agarró la barra de plomo lanzándola contra el rostro de Farrel. Le alcanzó, haciéndole caer del capó al que acababa de saltar desde el otro coche. Quedó al otro lado del vehículo, distante de sus enemigos.

En aquel momento, un «Volkswagen» utilitario comenzó a tocar el claxon. Con los faros encendidos, deslumbrando, se acercó haciendo roncar su motor.

Los tres enmascarados se introdujeron por las portezuelas que aparecían abiertas y el coche ascendió la rampa a gran velocidad.

Alan Farrel les vio alejarse. Se tocó el rostro; lo tenía sucio y con algo de sangre.

—Malditos puercos... No os habéis salido con la vuestra, nos volveremos a encontrar.

No había podido ver quién conducía el «Volkswagen», las luces intensivas le habían cegado en aquel rincón oscuro del aparcamiento, pero dentro había un cuarto hombre.

Había salido con bien del traidor ataque que le habían preparado.

Se metió en el ascensor y subió hasta el piso catorce, que era donde tenía su apartamento.

El corredor era ciego de ventanas y poseía lámparas circulares casi a nivel de zócalo para que resultara una visión suficiente, pero discreta. Pese a los golpes recibidos y a la poca luz, descubrió un bulto junto a su puerta.

«¿Será una nueva trampa? —pensó—. Esta noche me esperan muchas sorpresas.»

Avanzó despacio y quedó perplejo. Aquel bulto junto a su puerta no era ni más ni menos que una mujer rubia, sentada en el suelo, con las piernas encogidas y las rodillas apesadas por los brazos.

Tenía el cabello rubio y largo, muy abundante, y un frondoso fleco le caía sobre la frente. Los ojos femeninos, que debían de ser claros, brillaban de tal forma que Farrel tuvo la impresión de que había estado llorando.

—Oye, amiguita, no quiero más problemas por esta noche —le dijo metiendo el llavín en la cerradura y franqueando la puerta.

En el suelo descubrió un sobre blanco que recogió mecánicamente.

—Quiero hablar contigo, pero puedes darme una patada si te place.

La manera de hablar de la chica resultaba muy directa.

—¿Y por qué habría de darte una patada?

—¿No me reconoces?

La joven tiró de su cabello hacia arriba, dejando su cráneo desnudo al descubierto, con menos rubor que una chica del Folies Bergère

interpretando su número de *strip-tease*.

—¡Liza!

Ella sonrió ligeramente, como si le costara un esfuerzo.

—¿Tanto cambio sin el cabello?

—Es que usando peluca...

—Es mi propio pelo —puntualizó ella.

—Diablos, pues es precioso. No entiendo cómo te lo cortaste. Anda, pasa.

La chica no vestía aquella túnica de arpillera ocre, sino un jersey, minifalda y unas botas de piel altas. Se levantó y penetró en el apartamento.

Liza contorneaba sus caderas suavemente al caminar, detalle que antes, con la tosca túnica, no había podido observar Farrel. Ahora aparecía muy femenina.

Anduvo hasta una butaca y se dejó caer en ella, fatigada.

El hombre se quitó la chaqueta y dijo:

—Tendrás que perdonarme, he de ir un momento al baño.

Ella, que seguía con los ojos brillantes, secuela de las lágrimas, tendió sus manos y pidió:

—Ven, por favor, ven.

Farrel se le acercó despacio hasta llegar a su altura. Como las manos femeninas seguían tendidas hacia él, se acuclilló junto al brazo del sillón.

Liza aproximó sus manos al rostro masculino, con huellas de golpes y señales de la cadena. Lo acarició con mimo, utilizando las yemas de sus dedos.

—¿Te hago daño?

—En absoluto, el daño ya me lo han hecho.

—Y todo por mi causa...

—¿Sabías que estaban esperándome abajo en el aparcamiento?

—Sabía que querían hacerte daño. Te culpan a ti por haber sido apresados por la policía y de que Dennis se haya quedado retenido.

—¿Y has venido para consolarme o para avisarme de que iban a romperme unos cuantos huesos?

—Quería avisar a la policía para que te protegieran, pero estaba molesta contigo y a la vez... —calló, cerrando sus grandes ojos de pupilas muy claras.

—Temías avisar a la policía, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Hay algo que tú sepas acerca de la muerte de tu padre?

—No, no sé nada —rebatió, nerviosa.

Alan Farrel abandonó su postura junto a la butaca.

Se puso en pie y le dio la espalda, apartándose de ella unos pasos. Palmeó su mano con la carta que recogiera del suelo y en la que ahora puso

más atención, como indicando a Liza que había terminado de hablar con ella, puesto que no estaba dispuesta a ser sincera con él.

CAPÍTULO X

La carta sólo llevaba su nombre. Ni siquiera estaba franqueada con sellos, por lo que cabía deducir que se la habían pasado por debajo de la puerta manualmente.

Rasgó el sobre y descubrió un pliego totalmente escrito a base de recortes de palabras de periódico, pegadas a conveniencia para obtener el mensaje. Aquella forma no resultaba nada comprometedor por si se le ocurría dirigirse a la policía y pedir una investigación sobre la carta.

Frunció el ceño. La misiva era muy interesante, aparte de sucinta.

—¡Alan!

—¿Sí? —preguntó con ostensible despego, sin girarse hacia ella.

—Estás molesto conmigo, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Que tienes razón de estarlo. Debes de estar pensando que soy monstruosa, pero te equivocas.

—No pensaba en ti, sino en una carta que acabo de recibir.

—¿Una carta? Ya, la que estaba en el suelo.

—Eso es.

—¿Malas noticias?

—No sé cómo catalogarlas. Más bien diría que son noticias aclaratorias e importantes.

Dobló el papel, guardándoselo en el bolsillo.

—Debes de comprenderme, Alan. Yo no puedo traicionar a nadie.

—¿Te refieres a esos tres que se me han echado encima ansiosos de no dejarme un hueso entero?

—Han sido Burr, Walter y «Quemado».

—Sí, ya suponía que eran Burr y sus compinches. Y el cuarto, ¿quién era, Spirit Father?

—No sé nada sobre él. Spirit Father es un buen tipo.

—Pues había un cuarto hombre abajo.

Liza movió la cabeza negativamente.

—No sé quién es. Dennis está todavía en la estación de policía.

Farrel comenzó a quitarse la camisa.

—Vamos, Liza, sincérate un poco. Vosotros le hicisteis la jugada a tu padre, ¿no es cierto?

—¿Nosotros? No, Alan, no lo hemos matado, es decir...

—Será mejor que hables. Tarde o temprano, el teniente Neverman dará

con la solución del caso y sería muy triste que fueras acusada del asesinato de tu propio padre.

Farrel había conseguido picarla como se había propuesto. Liza se incorporó como activada por un muelle.

—¿De veras piensas que yo he participado en su muerte?

—Si me demuestras lo contrario, no lo creeré.

—Está bien —se derrumbó de nuevo en el asiento. Su personilla joven y grácil transpiraba fatiga, desmoronamiento.

—Te escucho y si puedo, te ayudaré en lo que haga falta.

—En principio, te juro que no sabía nada hasta que ocurrió. Dios es testigo de lo que digo.

—Por lo menos, crees en un Dios justo. Adelante.

—Ellos tuvieron la idea de lo del cuadro.

—¿Te refieres a Burr y a sus compinches?

—Sí.

—Prosigue.

—Como me conocían, les fue fácil sonsacarme y averiguar algunas cosas de mi padre.

—¿Cómo que era un mecenas del arte, por ejemplo?

—Sí, que le gustaba alardear de proteger el arte. Concibieron la idea de hacer lo mismo que esa organización del hampa selecta que se hace llamar V.O.A.V.

—La conozco, dentro de lo razonable.

—Ellos habían leído en alguna revista su forma de operar y se dispusieron a suplantarles.

—De eso puede que yo tenga la culpa.

—¿Tú, por qué?

—Quien descubrió la forma de trabajar de esos ladrones y chantajistas del mundo del arte fui yo.

—Cuando ocurre algo desagradable, creo que todos tenemos siempre una parte de culpa.

—Tienes razón, pero hágame de lo que hicieron ellos.

—Dennis fue al Metropolitan Museum y estuvo observando el famoso cuadro de Gauguin «La Venus maorí de los pies grandes», tan valioso y del que tanto había hablado la Prensa mundial —hizo una pausa y como si le pesaran mucho los brazos, los descansó en los amplios y mullidos soportes de la butaca.

Alan la escrutó, le estaba pareciendo maravillosa. El cabello la favorecía extraordinariamente y podía darse una buena idea de ello al saber que era el propio pelo de Liza y que le bastaría con dejárselo crecer para tenerlo cogido al cuero tal como ahora lo llevaba superpuesto, aunque también tenía su gracia con la cabeza afeitada.

—Hicieron varias fotografías con distintas marcas de película para conseguir un perfecto color del cuadro y Dennis comenzó a pintarlo. Yo lo vi y no le di importancia, Dennis siempre está pintando copias de los grandes maestros y lo hace muy bien.

—Sin embargo, aquel cuadro no era un simple pasatiempo.

—No, no lo era. Al parecer, un día, con la tela enrollada a su cuerpo, «Quemado» se introdujo en el Metropolitan Museum. Y durante la noche...

—Sustituyó el verdadero por el falso y se llevó el auténtico —completó Farrel.

—Así es. Los museos no están vigilados como las bóvedas de los Bancos. Fue difícil, pasó sus apuros, pero lo logró.

—Y luego, ofrecieron el verdadero cuadro a tu padre, haciéndose pasar por miembros de la V.O.A.V.

—Sí. Le pidieron un millón de dólares, creo que hicieron el trato por teléfono, sólo querían ponerse en contacto directo con papá. Él, maravillado por la oportunidad de recuperar la obra de arte y dar una lección a todos de su filantropía, aceptó pagar el dinero, pues se le amenazó con destruir el cuadro si no aceptaba.

—Pero, un millón de dólares, sólo por alardear, me parece mucho dinero.

—Papá era capaz de esas excentricidades. Le embriagaba verse rodeado de periodistas, todos fotografiándole, hablando de él mientras entregaba al mundo una obra de arte que corría el peligro de ser destruida. Yo conocía bien a papá y sé de lo que era capaz. No le odio y menos ahora que ha muerto, pero regateaba un sueldo a un padre de familia, trabajador de la Mac Pothers Electronic, y luego gastaba los dólares a chorro para halagar su vanidad.

—Sigue, quedamos en que él aceptó el trato.

—Sí, aceptó y ellos, al estilo de la V.O.A.V., le entregaron la tela sin prisas. Le daban un tiempo razonable para que los técnicos que mi padre escogiera comprobaran la autenticidad del cuadro que se le ofrecía. Tú sabes mejor que nadie que la V.O.A.V. entrega la obra de arte con tranquilidad y luego exige el pago con frialdad. Su forma de actuar es distinta a los demás chantajistas y extorsionistas. Ellos son selectos, pero el cliente sabe que si luego no paga, un día u otro es asesinado y prefiere aceptar el trato en toda regla.

—Sí, los que aceptan un negocio con la V.O.A.V. pagan, salvo, que quieran suicidarse.

—Pues, bien, Elliot concertó un día la cita del cobro y fue a recoger el dinero.

—¿Quién es Elliot?

—Era el más inteligente del grupo. Delgado, alto, elegante pese a estar

con nosotros. A Burr no le gustaba mucho, pero se daba cuenta de que era más listo que él. Sin embargo, Elliot se llevó el millón y desapareció, nunca más se supo de él.

—Te equivocas, se volvió a saber de él.

—¿Cómo?

—Si Elliot es quien imagino, ya lo han encontrado.

—¿Dónde?

—Abrasado por el ácido dentro de la caja de caudales de tu padre.

Gracias a un *cassette* lo hemos descubierto.

Farrel le explicó brevemente lo ocurrido en la mansión.

—¡Dios mío, qué horror! —exclamó impresionada.

—El cadáver ha de pertenecer a Elliot, era una pieza que no encajaba.

Al teniente Neverman le gustará investigar sobre la personalidad de ese Elliot para tratar de identificar los restos que ahora están en la Morgue. Hace un rato que he salido de allí.

—Entonces, no comprendo nada, nada. Todos creían que Elliot se había fugado con el dinero, por eso Burr estaba tan furioso.

—Aquí hay cosas que no encajan. Se las tendré que preguntar a Burr.

—Alan, no mataría mi padre a Elliot para no pagarle, ¿verdad?

El periodista suspiró.

—No lo creo; no obstante, cabe esa posibilidad. Por cierto, si tú no participaste, ¿cómo lo has sabido todo?

—Me lo contó Dennis, utilizando el bloc. Es un buen chico, al que sólo le gusta pintar. Vio la posibilidad de ganar un dinero y aceptó el trabajo, pero no sabe nada del asesinato de mi padre y los demás tampoco. Ellos no fueron.

—Eso ya lo aclararemos. Ahora, si me lo permites, voy a darme un duchazo. Lo necesito, creo que mañana se me van a notar un poco los golpes.

Se fue al baño. Salió de él como nuevo y al regresar a la salita, ya con la ropa limpia, descubrió que Liza se había dormido en la butaca.

No podía más, sus nervios habían saltado. Llevaría por lo menos dos noches sin dormir y ahora se hallaba sumida en un profundo sueño.

La observó serenamente. La chica seguía gustándole.

Se acercó a ella y la tomó entre sus brazos. Se dirigió hacia la alcoba y la tendió en la cama. Le dio un traidor, suave e irrefrenable beso en los labios y luego la cubrió con la colcha, apagando la luz de la alcoba.

Poco después, abandonó el apartamento. La noche aún era joven para él.

CAPÍTULO XI

El oficial de guardia nocturna en aquella estación de policía del West Side miraba a Alan Farrel entre curioso y escéptico, sin ocultar una mueca de suficiencia y desgana mientras permanecía tras su mesa, comiéndose una hamburguesa acompañada de un botellín de cerveza negra alemana que le habían traído en una bandeja plástica.

Alan Farrel no había tratado de disimular, en su rostro las huellas de la pelea. El policía sabía, muy bien que si le preguntaba y el periodista no quería decir nada al respecto, le respondería que se había golpeado con la clásica puerta.

El capitán Lorson resoplaba en su cama mientras su mujer, que dormía a su lado, daba unos bufidos más propios de animal marino que de ser humano.

—¿Está loco? No son horas para lo que pide —gritó Lorson. Al ver que su voluminosa mujer se removía como león marino que tras un sueño va, a despertar, removiendo las aguas a su alrededor, bajó la voz.

—Vamos, capitán, no le pido nada en nombre de otros favores —dijo Alan cínicamente—; claro que siempre todos podemos ayudarnos mutuamente.

—Oiga, no sé lo que insinúa, pero yo no le debo ningún favor.

—Ya lo sé, capitán. Sin embargo, algún día puede debérmelo y yo soy hombre de palabra. En fin, sólo le pido que me deje visitar al pintor sordomudo, que le diga unas palabritas al oficial de guardia.

Alan miró entonces al oficial de guardia que seguía comiendo mientras, con más o menos disimulo, rellenaba un boleto de carreras ilegal. Claro que si se le acusaba de participar en tales apuestas, siempre podría alegar que rellenaba los boletos por puro entretenimiento, sin gastar sus dólares en el mundo del hampa. A cada nombre de caballo que elegía, mordisco que daba a su hamburguesa con cebolla y mostaza.

—Oiga, Farrel, usted no es abogado, sería distinto si lo fuera. ¿Por qué no puede esperar a mañana? Ese joven tiene que ser interrogado por mediación de un profesor de sordomudos y para mí ya está resultando mucho problema.

—Vamos, capitán, sólo es un favorito. No le voy a dejar escapar el palomo.

—¿Qué se trae entre manos, Farrel? ¿Acaso ha averiguado algo de interés?

—No lo sé, pero si descubro algo, no le quitaré méritos a la policía, palabra de periodista.

—¡Al cuerno! Dígle al oficial de guardia que se ponga.

—O.K., capitán, eternamente agradecido. Es bueno tener a la Prensa del lado de uno, máxime si el que firma es M. Milk.

—Sí, mucha Milk. ¡Al diablo todos los periodistas!

Alan chasqueó los dedos para llamar la atención del policía. Este se tragó la comida que tenía en la boca de golpe, para que su voz resultara clara, y atendió al teléfono. Poco después, eructando con olor a cerveza fuerte, anduvo por el corredor de los calabozos seguido de Farrel. Pidió al celador que abriera la puerta y deseó al periodista:

—Que tenga suerte.

Alan Farrel se introdujo en la celda. El vigilante se pegó a la reja metálica intentando enterarse de algo. Fue una orden en voz baja que le dio el oficial de guardia antes de alejarse, pero pronto torció el gesto al ver que Farrel comenzaba a mover las manos delante del prisionero que se hallaba en el catre.

Este le observó entre escéptico y hostil, mas a medida que Farrel movía sus manos, la expresión de su rostro se avivó. Terminó por responder y ante la mirada curiosa del policía que controlaba la puerta, aquella conversación silenciosa se fue animando.

Dennis terminó por dejarse caer de nuevo sobre el catre, sosteniendo su nuca entre las palmas de sus manos cruzadas. La conversación pareció finalizar. Farrel tendió entonces su mano hacia el joven pintor, éste pareció dudar, pero luego sacó una de sus manos de debajo de la cabeza y se la estrechó.

—Gracias, agente, ya he terminado.

El agente, con las manos a la espalda, de las que colgaban el manojó de llaves, le miró con curiosidad. Se encogió de hombros y cerró la puerta, viendo alejarse a Farrel que no tardó en abandonar la comisaría.

Tomó su coche y se dirigió al bajo Harlem y al oeste del mismo. Detuvo el auto en una vía ancha, para que algunos gamberros aburridos no se entretuvieran rayándose, y se introdujo en un club donde su presencia no fue observada con agrado.

El club era de color, aunque los sujetos verdaderamente como el carbón no estaban. Allí se reunía la raza intermedia, la mezclada.

Había chicas de piel clara y rubias que hubieran podido pasar muy bien por blancas, pero siempre había algo en ellas que las evidenciaba como mestizas. Si fracasaban en sus incursiones en el mundo totalmente blanco, regresaban al bajo Harlem, donde con su piel blanca y sus cabellos rubios eran muy cotizadas por los negros venidos a más, tanto por la vía legal (comerciantes y pequeños industriales) como los negros hampones.

Sé sintió observado por los ojos de las chicas que se sentaban en los altos taburetes, vistiendo micro-shorts que dejaban al descubierto la piel de sus piernas, totalmente sedosas y carentes de vello, propio de su raza negra.

Aquel lugar, para los propios negros, resultaba caro; por eso, quienes lo frecuentaban, tenían que ganar dinero de una forma u otra.

—Un bourbon —pidió en el mostrador.

Mientras, dos chicas disputaban entre ellas con la mirada por el recién llegado. Una era rubia y la otra, muy morena.

Pagó el triple de lo que valía el licor. Después, preguntó:

—¿Está Timo?

—En la cuatro —le respondió el *barman* entre dientes, casi de forma ininteligible.

Alan Farrel se dirigió hacia los reservados, que eran como encajonamiento sin pared ni puerta frontal. Cada uno tenía una mesita y una butaca doble, más o menos cómoda, para mimosearse las parejas que allí se acomodaban mientras tomaban unas copas.

Timo era un hombre de color, de cabello rizado y abundante bigote. Su nariz era grande, judaica. Tenía la boca torcida y por mostrar sus dientes, parecía estar sonriendo constantemente.

Junto a Timo, haciéndole arrumacos, había una mestiza entrada en carnes, con abultadas caderas y algunos años de más para pretender ser de las más selectas del club.

—Hola, Timo.

—Hola, M. Milk. ¿Qué te trae por aquí?

—Dile a la chica que se evapore, aunque le va a ser difícil con lo que pesa.

—Oye, guapo, ¿qué te has creído? —se encrespó la fémina.

—M. Milk, no me vengas ahora con puñetas. Ya me he gastado siete con cincuenta en ella y sólo hace que babearme.

Alan Farrel sacó tres billetes de su bolsillo, dos de veinte dólares y uno de a diez. Los movió como un abanico.

—Anda, gorda, a evaporarte —dijo ahora Timo al ver el dinero.

—¡Una tiene gancho todavía para que la llamen gorda!

Timo tendió su mano, que resultó desproporcionadamente larga para su reducida estatura y tomó los billetes.

—¿Qué tengo que escuchar? Porque yo no suelto mi lengua —advirtió el negro.

—Oye, Timo, cuando termines con el lechoso ya sabes que me encontrarás en la barra y a ver si eres más espléndido. Ahora tienes dinero para no soltarme más ese cuento de que ya me pagarás otro día —rezongó la mestiza.

Alan Farrel, impaciente, aguardó a que la mujer se alejara. Después, se

acercó a Timo y le dijo.

—Quiero que hagas un trabajito. Puede resultar algo arriesgado.

—Si es arriesgado, no te costará sólo cincuenta dólares.

—Es que no te he querido pagar más delante de la gorda para que no se te abrieran demasiado los ojos. Cuando dentro de un par de horas estés de regreso con más dinero, quizá prefieras a otra de las chicas. He visto a una muy rubia a la entrada. Casi te lleva un palmo, pero seguro que te gusta.

Los ojos de Timo bailaron.

—Diablos si me gusta, pero es más exigente en cuanto a la «pasta» que Rockefeller.

—Los cincuenta son por una «chimenea llorona».

—¿Una «chimenea llorona»?

—Sí, quiero que la llesves a la dirección que voy a darte y la arrojas el interior. Hay poca luz, es un sótano del West Side, pero te advierto que si te pescan lo vas a pasar muy mal. Te darán una paliza, y no vas a amanecer con la rubia «Rockefeller» precisamente, sino en el hospital.

—Vaya, vaya, conquese una «chimenea». Eso, como tú has dicho, ya vale cincuenta. ¿Y por el trabajo?

—Cien, y no hay regateo.

—Hecho. ¿Cuándo va a ser?

—Ahora mismo.

—¡Diablos! ¿La tienes tomada con esas ratas del West Side o es un bromazo que te traes entre manos?

—Tú cierra la boca y haz el trabajo. ¿Entendido?

—De acuerdo, escupe la dirección. Sé dónde voy a encontrar pronto una «chimenea», lo malo es que me va a costar diez dólares el que no me pregunten para qué la quiero. Si supieran que es para ayudar a un blanco, a lo peor me sacuden los huesos.

—No lloriquees, tú sabes hacer tu trabajo, por eso he venido a buscarte. Podría haber recurrida a otro.

—Sí, sí, no te molestes. Siempre que quieras un trabajo, busca a Timo y estará hecho.

—O.K., siempre que el de esta noche resulte bien.

Media hora más tarde, Alan Farrel detenía su «Mercedes-Benz» en un lugar discreto, a escasa distancia del sótano donde se guarecía la comunidad de Spirit Father.

Había escogido un callejón mugriento, de suelo eternamente húmedo y poblado por ratas que ya habían tomado la medida a los gatos de la zona.

Paseó en solitario. Sabía que era peligrosa, que en cualquier momento podía ser víctima de un asalto de los que tan frecuentemente se producían por aquel barrio, mas sabría defenderse.

Se puso un cigarrillo entre los labios y utilizando su mechero de

electro-gas, le prendió fuego. Se dispuso a esperar, observando a distancia la entrada del sótano.

Al poco rato, apareció una figura menuda y oscura. Era como un pequeño simio buscando refugio en la noche, temeroso de que algún leopardo le saltara encima para devorarlo.

De su mano colgaba una pequeña bolsa de deporte. Al llegar ante la puerta que daba acceso al sótano, miró a derecha e izquierda con actitud recelosa.

Empujó la puerta; estiró de algo de la bolsa deportiva e inmediatamente comenzó a salir un humillo blanco. Acto seguido, lanzó la bolsa al interior del sótano y salió a escape en dirección a Alan Farrel, casi tropezándose con él.

—Vamos, largarte o te van a hacer pedazos en cuanto el nidal de avispas se revuelva.

Timo no se entretuvo en responder y echó a correr, Alan no sabía si ansioso de huir de allí o por llegar cuanto antes a los brazos de la rubia Rockefeller.

Sólo había que esperar y muy poco...

Lo que había proyectado Alan Farrel ocurrió.

Comenzaron a salir chicos y chicas del sótano, tosiendo y llorando a lágrima viva. El recinto no tenía respiraderos, luz eléctrica ni teléfono para llamar a la policía ni a los bomberos.

Farrel conocía bien aquel tipo de paquetes denominados «chimeneas lloronas», y que no eran más que unos productos químicos que entraban en reacción, formando un gas lacrimógeno más basto y menos tipificado que los empleados por las policías en sus granadas lacrimógenas. Sin embargo, resultaba efectivo, irritante y sin peligro para nadie.

La calle comenzó a llenarse de jóvenes estrafalarios tosiendo y llorando, quejándose, mascullando e insultando.

Farrel estaba en ventaja, tal como había preparado. Buscó a Burr entre los que salían y no tardó en descubrirlo. Se acercó a él en medio de la confusión, lo agarró por el brazo y tiró de él.

—¿Eh, quién es? ¡Maldita sea!

Farrel siguió tirando de él, llevándoselo al callejón. Burr estaba semiatontado, con los ojos irritados y tosiendo espasmódicamente.

—Hola, Burr, volvemos a encontramos. La noche es joven y ahora ya no somos tres contra uno, sino uno a uno.

Frotándose los ojos como pudo y en la escasísima luz de la calleja, Burr reconoció al hombre que le había sacado de la zona del gas lacrimógeno.

—¡Milk!

—Sí, y ahí tienes el primer encargo de la noche.

Burr se llevó un puñetazo en plena cara que lo lanzó contra la pared de

ladrillos.

Burr se recuperó frotándose los ojos para ver mejor y atacó a Farrel, pero a éste le bastó esquivar y asestar unos durísimos puñetazos en puntos claves de la anatomía de Burr para que éste derribara unos cubos de basura, envolviéndose con ella.

Tal como había supuesto Farrel, Burr era de los gallos que alardeaban escudados por sus secuaces, pero en el fondo era un cobarde cuando se veía vencido y atacado con dureza, temiendo al dolor.

—¿Qué quieres, maldito hijo de perra?

Farrel le propinó una patada en el hígado y viéndole con la boca abierta, incapaz de toser en aquellos momentos, silabeó:

—Vas a responderme a algunas preguntas, Burr, te conviene.

Y volvió a asestarle otro puñetazo, para advertirle que estaba solo y de cuál era el camino que le convenía seguir.

Mientras, en la calle, un grupo numeroso tosía y lloraba.

Temiendo que la policía se presentara, fueron disgregándose en las más distintas direcciones, casi tanteando las paredes. La «chimenea llorona» de Timo había sido un completo éxito.

CAPÍTULO XII

Alan Farrel se adentró en los jardines de la mansión Mac Pothers a bordo de su coche cuando ya había amanecido. El vigilante y el agente de policía no le pusieron ningún reparo: el teniente Neverman le había dado paso franco.

Detuvo el auto y en lugar de dirigirse a la casa, se dedicó a pasear por el jardín, hundiendo sus zapatos en la hierba blanda por las últimas lluvias.

El jardín era grande y Alan Farrel buscaba algo, algo que no estuviera lejos del muro pétreo y alto que circundaba el recinto. Sobre dicho muro, el cable electrificado.

Reparó en un pozo cercano al muro, un pozo medio oculto por arbustos. Se aproximó a él y un rótulo medio borrado le advirtió: «AGUA NO POTABLE, INFECCIOSA». Después, comprobó que el pozo tenía una tapa de reja cerrada con un grueso candado.

Examinó el candado. Tenía grasa dentro para evitar que la humedad lo oxidara, de tal forma que luego fuera imposible abrirlo. Aquel detalle le dejó perplejo.

Tomó una rama de arbusto, la quebró y metió un trozo en el hueco del candado que correspondía a la llave dejándolo bloqueado. Después, continuó revisando el resto del muro y terminó rodeando la casa acompañado de los dos enormes *dobermans* que se hicieron sus amigos. Por último, se introdujo en la casa. En el intervalo, habían llegado algunos coches.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Ernest Soliman.

—Buenos días a todos —saludó Farrel con afabilidad, adentrándose en el salón de la casa.

Carla Devanié, con un cigarrillo prendido en su sofisticada boquilla, inquirió:

—¿Qué ocurre, Alan, a qué viene esta reunión?

—Creo que debemos de mantener una charlita amistosa.

Maclosky sonrió con sarcasmo y preguntó:

—¿Ya estamos todos? Esto parece una reunión de novela policíaca antigua.

—Es posible, pero en ocasiones, estas reuniones dan buenos resultados.

—¿Quiere decir que sospecha de alguno de nosotros? —preguntó Soliman, encrespándose. Sus ojos brillaron tras los cristales colgados en las varillas de platino.

—Podías haber invitado también al teniente Neverman —opinó Carla Devanié con su marcado acento francés.

—El teniente Neverman también ha sido invitado a la reunión, pero vendrá algo más tarde. Antes le he dado un trabajito para que se lo desayune esta mañana.

—Te veo muy fanfarrón —dijo Maclosky—. ¿Es que has encontrado alguna pista?

—Pues sí.

—¿Es buena? —interrogó Carla.

—Creo que mucho.

—Bah, los aficionados de la Prensa me hacéis reír —dijo Maclosky—. No debía de haber venido, tenía algunas cosas que investigar.

—¿Respecto al caso de Mac Pothers, por ejemplo?

—Pues claro, es el que llevo entre manos.

—Eres un tipo listo, Maclosky, muy listo.

—Oye, Farrel, ¿qué tratas de insinuar?

—Les voy a contar una historia.

—¿Una historia, será divertida? —preguntó Carla.

—Creo que me voy a marchar —gruñó Soliman—. Por cierto, ¿dónde se ha metido Liza Mac Pothers? Tiene que firmarme documentos y ha desaparecido. Esa chica es un problema, con razón volvía loco a su padre.

—Calma, Soliman, calma. Usted no es el propietario de la firma Mac Pothers, la heredera es Liza y no usted.

Soliman se quedó tenso y se mordió los labios para no replicar. Maclosky, mirándolo, se burló.

—Parece que nos vamos a dejar intimidar por M. Milk.

—El hombre que pintó «La Venus maorí de los pies grandes» ya está arrestado.

—Eso ya lo sabemos, es viejo —gruñó Maclosky—. Es lo que viene diciendo el teniente Neverman.

—Sí, pero lo que dicen el teniente y los colegas de la Prensa es que han pintado un cuadro falsificado, pero yo ya sé que han pintado dos iguales y no uno.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Soliman enarcando las cejas.

—Porque me lo ha confesado el propio pintor. El chico es listo, me ha dicho que todo está muy liado y que prefiere lavarse las manos con la pena que le corresponda por su delito. No quiere verse involucrado en nada que manche de sangre.

—Pero, si ha pintado los cuadros falsos, es uno de los cómplices del asesinato —espetó más que razonó Ernest Soliman.

—No, forzosamente. El pintó las copias, pero no sabía nada del asesinato de Mac Pothers, ni él ni los demás miembros de ese grupo, que

desprecia el dinero, pero que luego se lían hasta el cuello para obtenerlo, porque se dan cuenta de que hace falta.

—¿Por qué no te explicas más claramente? A lo mejor, tu historia acaba resultando interesante —le dijo Carla.

—Está bien, lo haré. Quienes robaron el cuadro del Metropolitan Museum fueron esos chicos, haciéndose pasar por la organización criminal V.O.A.V., que en este caso no ha tenido nada que ver.

—¿Y cómo está tan seguro de que esos criminales internacionales no han tenido nada que ver? —preguntó Soliman.

—Porque me han enviado una cartita a mi domicilio lavándose las manos del caso y advirtiéndome que si la ley no da el castigo que corresponde a los usurpadores, se lo aplicarán ellos por su cuenta.

—¿Y esa carta, dónde está? —quiso saber Maclosky.

—La tiene el teniente Neverman para que la analicen en el laboratorio policial, pero me temo que no sacarán nada en limpio de ella. Esos tipos son muy profesionales, pero, en este caso; debemos de dejarlos a un lado porque ellos nada tienen que ver.

Soliman inquirió:

—¿Entonces? han sido esa pandilla de haraganes amigos de Liza.

—Ellos robaron el lienzo e hicieron la venta a Mac Pothers. Este aceptó; le entregaron el cuadro, él comprobó su autenticidad y se dispuso a pagar. Para ello, encargó a alguien que lo hiciera, pero ese alguien prefirió quedarse el dinero, liquidar al cobrador y hacer desaparecer su cadáver.

—Un asunto muy complicado —rezongó Maclosky.

—Sí, lo es. Quien mató a Elliot, que debe de ser el cadáver que encontramos dentro del ácido, debía de hacer un trabajo complicado para que luego todo quedara ligado. Si no pagaba simplemente, el señor Mac Pothers sospecharía de él, por lo tanto tenía que eliminar a Mac Pothers también, pero de una forma que la policía culpara a otros, por ejemplo, a los miembros de la tan traída y llevada V.O.A.V.

—¿Quieres decir que el asesino era un hombre de confianza del señor Mac Pothers? —interrogó Carla Devanié con la sorpresa pintada en su rostro.

—Así es. Ese sujeto esperó el momento oportuno y le acribilló a balazos. De este modo no sólo se quedaba con el millón de dólares y el propio cuadro, sino que podía limpiar la caja, de caudales a placer, pues se supone que en ella había mucho dinero.

—Pero, el criminal huyó y no se le pudo coger —se lamentó Soliman.

Maclosky se encogió de hombros, objetando:

—No sé nada de eso, aquella noche no estaba en la casa.

—Y tú, Carla, estabas junto a mí cuando todo ocurrió —dijo Alan Farrel.

—Celebro que me borres de la lista de sospechosos.

—A mí no me miren, que no he sido, puedo jurarlo —tartamudeó Soliman.

—Había muy poca luz —siseó Maclosky—. Pudo ser usted. A lo peor, el periodista tiene buen olfato.

—Sí, lo tengo, pero no fue Soliman quien disparó sino tú, Maclosky.

—¿Qué? —encajó la sorpresa.

—Sí, fuiste tú.

Maclosky resultó muy rápido sacando su revólver, prefirió la acción a los razonamientos. Había visto en el brillo de los ojos de Alan Farrel una tajante y rotunda acusación.

—Será mejor que no os mováis —advirtió.

—No vas a ir lejos, Maclosky. El teniente Neverman sabe que fuiste tú quien se puso en contacto con Burr y los otros dos para el segundo cuadro.

—¿Ha sido Burr quien ha confesado?

—Sí.

—Debí figurármelo, es una rata a la que debía de haber aplastado la cabeza.

—Es un tipo blando pese a su fiera apariencia —siguió explicando Farrel con tranquilidad, como si Maclosky no estuviera armado—. Ha confesado que ellos creían que Elliot había cobrado el millón y se había largado con él. La propia Liza, que se enteró por casualidad del trato que había aceptado su padre, creía que Dennis había pintado sólo un cuadro, pero un tipo muy ambicioso buscó al compañero de Elliot, al que supongo propinó una buena paliza antes de asesinarlo, pues en la Morgue han dicho que además de abrasado por el ácido, tenía varios huesos rotos, y no por el sulfúrico precisamente.

—Sí, era un tipo endeble. Le apreté las clavijas y me habló, de los demás. Por lo visto, entre esa gentuza, nadie sabe mantener la boca cerrada.

—Y supongo que tú te pusiste en contacto con Burr porque planeaste otro negocio. Viste la posibilidad de quedarte con todo lo que había dentro de la caja de caudales secreta y la forma de hacer desaparecer a Mac Pothers. Por ello pediste otra copia. Hiciste creer a Burr que estabas interesado en hacer otro cambio y le ofreciste cien mil dólares si todo salía bien. Le dijiste que conocías a Mac Pothers y que pagaría. Ellos, pensando que ya habían perdido el millón, decidieron ganar cien mil como mínimo y se pusieron a tus órdenes. El falso cuadro fue introducido en la casa y supongo que es el que vimos todos nada más descorder la cortina. Pudo ser cambiado mientras se preparaba para ser colgado.

—Así es, pero el cuadro auténtico nadie lo encontrará jamás —advirtió Maclosky.

CAPÍTULO XIII

—Todo va encajando, Maclosky, pero ¿cómo rompiste el cristal de la ventana del salón de dentro a afuera?

—Con un emisor ultrasónico enfoqué al cristal que no pudo soportar la onda. Reventó como había previsto y todos creyeron que el asesino no había huido por allí.

—Tú manejaste a Burr y a sus secuaces haciéndoles creer que Elliot se había largado con el dinero, y tú eras quien conducía el «Volkswagen» en el *parking* y no Spirit Father como yo supuse por un momento. Ese hombre sólo es un radical convencido de sus ideas y tú el asesino que desde su puesto de detective podía observar y manejar todos los hilos.

Soliman, moviendo la cabeza negativamente, arguyó:

—No comprendo nada. Maclosky no estaba en la casa aquella noche.

—Sí estaba. Seguramente entró camuflado en un coche de confianza y luego salió en el momento oportuno, porque permaneció escondido sin que nadie lo encontrara. Nadie tenía que verle entrar ni salir aquella noche y tuvo un cómplice que le ayudó en todo momento e incluso quitó el alto voltaje del muro para que pudiera saltarlo.

En aquel instante se abrió la puerta y apareció la figura de Liza. Llevaba la peluca rubia confeccionada con su propio cabello; vestía la minifalda y calzaba las altas botas de piel.

—Alan... —interpeló.

—¿Quién es? —gruñó Maclosky sin reconocerla al pronto.

Un pesado cenicero de cristal que estaba al alcance de la mano de Farrel voló por el aire, alcanzando el rostro de Maclosky. Este se tambaleó a causa del golpe y Alan Farrel aprovechó el tiempo.

Sonó un disparo, mas la bala se incrustó en el techo. Alan Farrel le dio una patada en la mano armada y la pistola del detective privado saltó por el aire.

Alan Farrel y Maclosky se enzarzaron en una lucha feroz. Eran dos fuerzas poderosas, Maclosky tenía más peso, pero Alan Farrel mayor agilidad.

Maclosky se llevó la peor parte de los puñetazos y quedó encajado en una butaca, recibiendo golpes hasta quedar medió *groggy* cuando llegó el policía de la puerta, armado y advirtiendo:

—Todo el mundo quieto. ¿Qué ha sucedido aquí?

Soliman señaló a Maclosky y dijo acusativo:

—Es el asesino del señor Mac Pothers.

—¿Es cierto eso? —dudó el policía.

Alan, jadeante por la pelea en la que también había recibido algunos golpes, asintió.

—Sí. Al teniente Neverman le encantará llevárselo.

—Lo siento, Carla, hemos perdido —gruñó Maclosky.

—¡Estúpido! —exclamó Carla al tiempo que jalaba el gatillo de la pistola del propio detective que, disimuladamente, había recogido del suelo al ver que las cosas se ponían feas.

El proyectil perforó el cráneo de Maclosky por la frente, introduciéndose en su cerebro y matándolo de forma instantánea. No le dio tiempo ni a cerrar los ojos, que se le vidriaron rápidamente.

El agente, desconcertado, volvió su pistola hacia Carla, pero ésta ya se había colocado oportunamente detrás de Liza agarrándola por el brazo y encañonándole la espalda a la altura del corazón.

—Si alguien comete otra estupidez, la mato a ella también.

—Cuidado, agente. Está hecha una pantera y sus zarpas son mortíferas —advirtió Alan Farrel.

—Debería de enviarte al infierno, Alan. Has sido demasiado listo, pero yo voy a escapar y puedo ser magnánima.

—La verdad es que no estaba seguro de si había sido Soliman o tú el cómplice de Maclosky para entrarlo en la finca, oculto en el coche.

—Pues ya ves, fui yo. Y fui yo quien, con el cuadro en la casa, lo cambié.

—¿Y por qué lo cambiaste?

—Para que las sospechas recayeran en la V.O.A.V. Un plan muy bien trazado y es obra mía. Yo lo había organizado todo, pero siempre te tropiezas con tipos torpes.

—De modo que fue a ti a quien se le iluminaron los ojos al ver los billetes dentro de la caja secreta del señor Mac Pothers.

—Sí. Un día, lo mismo que tú, la descubrí por casualidad. A partir de entonces me dije que todo sería mío. Ahora, amigos, ya lo saben todo. No podrán decir que se quedan frustrados.

Tiró del brazo de Liza que trató de resistirse, pero Alan le recomendó:

—Obedécela. Está desesperada y te mataría.

—¿Qué hacemos? —preguntó el agente a Alan Farrel.

—Esperar.

Las dos mujeres desaparecieron dentro del despacho.

Con la culata del revólver, Carla golpeó duramente la cabeza de Liza y ésta se desplomó. Sin dejar de encañonarla muy de cerca, puso el *cassette* de la gimnasia y el despacho quedó bloqueado, con las dos mujeres aisladas dentro de él.

Carla se acercó a la caja de caudales que había emergido del suelo y buscó un resorte oculto junto a la base de la misma. Automáticamente, al oprimirlo, la pesadísima caja se desplazó sobre unas guías, dejando algo menos de un metro cuadrado libre. Por él desapareció Carla Devanié hacia el subsuelo.

Liza, que había recobrado el conocimiento gracias a que la peluca había amortiguado bastante el golpe, tuvo tiempo de ver cómo la caja volvía a correr sobre sus guías, ocultando el hueco.

Tambaleándose, quedó perpleja. Se tocó la cabeza y recordó lo que Alan le había contado sobre el *cassette* de gimnasia. Lo puso en funcionamiento y, poco después, la caja de caudales se empotraba de nuevo en el suelo y las compuertas de grueso acero se levantaban.

El teniente Neverman había llegado y junto con el agente, se precipitó también dentro del despacho, preguntando:

—¿Dónde está ella?

—La cabeza me da vueltas, pero creo que se ha metido por debajo de la caja de caudales.

—¡Imposible! —estalló el teniente Neverman, nervioso al ver que Carla, el cerebro del crimen, se le escapaba.

—Sí, puede ser —sentenció Alan Farrel cogiendo a Liza e interesándose por ella—. Yo ya había supuesto que en el subsuelo debe de haber algo más. Tienen que estar las baterías que dan luz a la maquinaria para que todo esto funcione, es decir, para que suba la caja. Además, supongo que es un lugar lo suficientemente grande para poder esconder los millones robados a la propia caja y el cuadro auténtico de Gauguin; un lugar en el que se escondió Maclosky después del crimen, pues en vez de huir por el jardín, donde todos lo buscarían lógicamente, se vino al despacho. Como Carla le había aleccionado sobre la forma de mover los resortes secretos y artilugios electrónicos de Mac Pothers, se metió debajo de la caja y desapareció. Previamente, en el coche de Carla, había traído el cadáver de Elliot, ocultándolo dentro de la caja de caudales con el ácido para crear más confusión si era descubierta.

—Entonces, ¿esa mujer se ha enterrado ahí abajo? —preguntó el teniente Neverman escéptico.

—No. He estado dándole vueltas a este asunto y he pensado que si era un refugio secreto, además de atómico, tendría alguna otra salida y a la vez toma de aire. La he estado buscando. Por el momento, no hay cuidado de que salga por aquí, pues, al parecer, todo el mecanismo del *cassette* no se puede manipular desde abajo, pero podemos ir a buscar a Carla a la salida de un posible túnel subterráneo que cruza el jardín.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el teniente.

—Pensando. Siganme, síganme todos.

Salieron corriendo al jardín y se fueron acercando al pozo. Alan pidió silencio y sigilo. Cuando estuvieron cerca vieron aparecer una mano de mujer entre las rejas de la tapa del pozo. Con una llave trataba inútilmente de abrir el candado, bloqueado por un pedazo de rama.

—Hola, Carla. Mala cosa tener la salida cerrada. Estás atrapada como una araña en su agujero —le dijo Farrel asomándose a la reja—. Ahora puedes confesar que fuiste tú quien, horas después y en un momento dado, quitaste el alto voltaje del cable del muro para que Maclosky pudiera saltarlo.

Hombre y mujer se miraron por un instante. Ella se puso pálida, sus manos se soltaron y se precipitó al fondo del pozo con un alarido de muerte.

EPÍLOGO

Soliman, en el despacho y todavía pensativo, comentó:

—Nadie hubiera supuesto que existía un túnel que conducía hasta el pozo, salía a mitad de altura del mismo y luego, mediante unos escalones de hierro empotrados en la pared, se podía llegar a lo alto.

—El señor Mac Pothers pensó en todo —le dijo Alan Farrel.

—Menos mal que el cuadro y los millones secretos de Mac Pothers han sido recuperados —aclaró el teniente Neverman. Mirando a Liza, añadió—: Lo siento, pero el fisco se hará cargo de ese dinero hasta que se aclare todo y se sepa exactamente cuánto se debe deducir de él.

—Es lo justo —aceptó Liza—. En una de mis opciones de herencia, nombro a los trabajadores de la empresa accionistas de la misma me conformo con la pensión que dejó mi padre.

—Que no te hará falta, porque mi apartamento es suficiente para los dos —le dijo Alan, cogiéndola por los hombros.

—Ya veo que ahora me vas a obligar a que me deje crecer el pelo —refunfuñó ella, sonriendo.

—Me gustas más con tu hermoso cabello, pero nos casaremos tal como te he conocido y la noche de bodas será con...

—Oye, Alan, tú eres un sátiro...

Él la besó en los labios ahogando sus protestas.

—Yo me voy, tengo mucho que hacer con Burr y sus secuaces que me esperan en sus celdas para los interrogatorios. Claro que los abogados me van a preguntar cómo le han salido tantos chichones a Burr y creerán que empleamos el tercer grado en los interrogatorios. Como M. Milk no quiere decir que ha resuelto él el caso y da todo el mérito a la policía. Ni siquiera va a publicar una línea sobre este asunto porque se le cae la baba por Liza...

Neverman se encogió de hombros y junto con Soliman, se dirigió hacia la puerta. Pero éste, antes de salir, conectó el *cassette* de bloquear el despacho.

Los jóvenes quedaron aislados entre el acero y el hormigón mientras continuaban besándose.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**
ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

impreso en España